FORTALEZAS

Comedia en tres actos, en prosa.

REPARTO:

AMELIA..... 28 años.
Mercedes..... 24 años.
Carmita..... 36 años.
Juana..... 60 años.
Don Miguel..... 50 años.
Mario..... 32 años.
Juan..... 23 años.
Félix..... 42 años.
Amigo Primero.
Amigo Segundo.
El Cartero.
La Portera.
El Contable.
El Jefe de Almacen.

ACTO I.

Año, 1930.

Despacho de Don Miguel en una importante compañía comercial, de la cual es director. A la derecha una gran mesa de despacho y puerta que da al cuarto de trabajo de la secretaria del director. A la izquierda, puerta de salida para la calle. Repartidos por el escenario convenientemente hay un tresillo, unas sillas, una mesa al fondo con revistas, un fichero y demás muebles - convenientes.
Es sábado, a la hora del cierre de oficinas. Don Miguel tiene la visita de tres amigos que han ido a buscarle.

AMIGO 1º.- Bueno, ¿acabas o no acabas?

DON MIGUEL.- En cuanto firme unas cartas que me va a traer la secretaria.

AMIGO 1º.- Y luego, ¿a dónde vamos?

DON MIGUEL.- Pues hoy a comer nada más.

TODOS.- Pero hombre, si es sábado.

DON MIGUEL.- Sí, pero tengo un exceso de correspondencia.

AMIGO 2º.- ¿Y trabaja contigo la secretaria?

DON MIGUEL.- A ver si te vas a creer que me voy a sentar a la máquina a escribir desde el "muy señor mío" hasta el "q.e.s.m."

AMIGO 1º.- Hombre, no seas guasón. ¿Qué más dá contestar unas cartas un sábado que un lunes?

DON MIGUEL.- Es que para el lunes ya habrá otras que escribir, y estaríamos siempre retrasados, lo cual no es serio.

FELIX.- De todas maneras, me extraña mucho esa seriedad, Miguel. ¿A ver si es que te ha entrado el sarampión?

DON MIGUEL.- ¿Qué sarampión?

FELIX.- Ese que entra a los hombres de tu edad, aquel del "diablo que harto de carne se metió a fraile".

AMIGO 2º.- El del hogar, la casita, la mujer buena, y aquí no ha pasado nada: "papá siempre fué un santo".

DON MIGUEL.- Hacedme el favor. Los amigos sois los peores enemigos del hombre. Os afanais en ponerle una aureola, sea la que sea, y fabricais para mí, en este caso, un estúpido historial galante que me puede perjudicar.

AMIGO 2º.- ¡Veis, veis, como ya le importa el que le pueda perjudicar! ¡Huy qué grave se está poniendo ésto!

TODOS.- (Guaseándose) ¡¡Oooooooooh!!

DON MIGUEL.- Vaya un pitorreo tonto. No comprendeis que para eso de la casita y la mujercita, haría falta que yo enamorase a una mujer buena?

AMIGO 1º.- ¿Pero es que tú no has conquistado nunca a una mujer buena?

DON MIGUEL.- No, no la he conquistado. Primero, porque no he tenido ni tiempo ni seriedad para ello. Desde muy jóven, tuve que luchar por la vida, y desde muy jóven también, empecé a tener suerte con las mujeres. Y cuando un hombre tiene suerte con las mujeres, nunca le llega a interesar seriamente ninguna.

FELIX.- ¿Y segundo?

DON MIGUEL.- Segundo... porque...huuu... qué dificilísimo es acertar con una mujer verdaderamente buena.

FELIX.- ¿Hay tan pocas?

DON MIGUEL.- No es que haya pocas. Es que se finge tanto que ya no se sabe quién es quién.

AMIGO 1º.- (Con mucha guasa) ¿Y por eso te has quedado soltero?

DON MIGUEL.- Quizás.

AMIGO 2º.- A pesar de las redes que te han tendido.

DON MIGUEL.- Quizás.

FELIX.- Quizás, dice. Y sé hasta de quién se ha metido monja por su desvío.

AMIGO 2º.- Y esa ¿tampoco era buena?

DON MIGUEL.- ¿Por qué iba a serlo? ¿Por el hecho de haber entrado luego en un convento? ¿Porque cuando la dije la primera palabra de amor no había pronunciado aún el "Sí" tímido y cursi, que por ser la menor cantidad de amor, no se sabe siquiera si lo es? ¡ Si supiéraís que algunas veces me he acercado a esa clase de mujeres para convencerlas que ellas eran lo mismo, exactamente lo mismo que la fulanita o la menganita, a quien ponían como un trapo porque exponía ciegamente su reputación en un gesto de franqueza o de pasión? Amigos míos, no es buena toda la que no hizo nada para obligarnos a pensar que no era mala. Muchas, no dejan de serlo por cobardía.

AMIGO 1º.- (Levantándose) Adiós, ¡ discursito tenemos!

DON MIGUEL.- (Sin darse por aludido) Pero si de repente se pudiera borrar la tradición, la fuerza del ambiente, el prejuicio creado... si se pudiera dormir a la humanidad y al despertarla hacerla perder la noción del pasado, entonces veríamos que tantas mujeres modosas, recatadas, buenas hoy, obraban impulsadas por el corazón, como obran las juzgadas de ahora, las que han comprendido que la vida es algo más que matar el sentimiento, por dar gusto al resto de la humanidad.
(Amigo 1º. que ha estado paseándose impaciente por la habitación, se le queda mirando y gira el brazo derecho como si estuviese dando cuerda a un gramófono. Miguel continúa hablando sin mirarle siquiera)
¡ Sin pensar que la humanidad no les dará nunca, nunca, ese rayito de alegría o de felicidad que sacrifican por respeto a ella. Haciendo la comparación con algo de menor importancia...

AMELIA.- (Entrando con unos papeles en la mano y entregándolos) Aquí tiene Vd., Don Miguel

DON MIGUEL.- (Tranquilo) Muy bien, muchas gracias.

AMELIA. - ¿Quiere Vd. algo más?

DON MIGUEL. - Ahora no. Pero, ¿podría Vd. venir esta tarde?

AMELIA. - ¿A qué hora quiere Vd. que venga?

DON MIGUEL. - A su conveniencia. Yo comeré aquí mismo, así es que cuando Vd. quiera, sin prisa, viene Vd. y terminamos lo que queda.

AMELIA. - Perfectamente. (Se vá por la puerta de la derecha. Todos, menos Don Miguel, la siguen con la vista)

AMIGO 2º. - Pero qué criatura más monísima, ladrón. ¿Tiene novio?

DON MIGUEL. - No lo sé. Si quieres se lo preguntaré.

AMIGO 1º. - (Impacientísimo)¿De modo que ahora ni a comer siquiera?

DON MIGUEL. - Ni a comer. ¿Qué?

AMIGO 1º. - Nada, que tú te lo pierdes. (Dándose importancia) ¡ Si supieras quién viene con nosotros esta tarde!

DON MIGUEL. - ¿Quién?

AMIGO 1º. - Una tontería. La mujer más estupenda de Madrid. ¡ Carmita Velasco!

DON MIGUEL. - (Interrumpiendo) Entonces el que se lo vá a perder vás a ser tú. Porque en cuanto sepa que no voy yo, ya no os acompaña.

AMIGO1º. - Eso ya lo veríamos. Vaya con el presumido. ¿A que te has creído lo del apodo? "El invencible" ¡ Laureolas!...Vamos, Pep

AMIGO 2º. - (Levantándose cachazudamente) Vamos, hombre. (Se van)

FELIX. - (Levantándose) Yo también me voy. ¿Quieres algo?

DON MIGUEL. - Sí, que encargues en el café de abajo que me suban un biftec con patatas, y una ración de ensalada rusa, pan y vino.

FELIX. - Bueno, pues hasta más ver. Buen provecho. (cogiendo el sombrero) El almuerzo, ¿lo quieres ahora mismo?

DON MIGUEL. - (Levantándose y yendo hacia Félix) Sí, voy a comer deprisa y voy a echarme un rato en ese sofá.

FELIX. - ¿Sabes, Miguel que me parece muy raro todo ésto? Tú, que no has perdido una tarde de sábado en tu vida para divertirte, comiendo aquí como cualquier burgués, tumbándote a echar una siestecita... (poniéndole una mano sobre el hombro) Miguel... el invencible...

DON MIGUEL. - Qué quieres, será que me voy haciendo viejo, pero no tengo ánimo hoy para la alegría y el placer comprados, será que...

AMELIA. - (Saliendo con el sombrero y el abrigo puestos) Hasta luego, Don Miguel, (A Félix) Buenos días. (Don Miguel y Félix la miran irse y callan, Félix mirando a Don Miguel significativamente. Pausa larga que interrumpe Félix)

FELIX. - Bueno, pues diré que te suban todo eso enseguida. Adiós, hombre.

DON MIGUEL. - (Pensativo) Adiós, Félix. (Vuelve a su mesa, se sienta) El Invencible, siempre se es invencible hasta el momento en que verdaderamente hace falta vencer; vencer un corazón o vencerse a sí mismo... (suspira) Bah, firmaremos estas cartas. (Empieza a leer y a firmar. Pausa en que sólo se oye un ligero murmullo cortado, al releer Don Miguel las cartas, y el roce de la pluma al firmarlas. Suena el timbre de la puerta.

DON MIGUEL. - (Casi gritando) Adelante.

CARTERO. - (Entrando) Buenos días.

DON MIGUEL. - Hola. Déjelas aquí. (El cartero deja un montón de cartas, saluda y se vá. Don Miguel las vá mirando, se para en una que mira con más detenimiento) Amelia Garcés, matasellos de Moscallosa... la de todos los sábados... Amelia Garcés... (la deja a un lado separada de las otras. Vuelve a la tarea de releer y firmar.)

JUAN. - (Desde dentro) ¿Se puede?

DON MIGUEL. - Pase, Juan.

JUAN. - (Entrando con la bandeja) Aquí tiene el almuerzo el señorito.

DON MIGUEL. - Vete colocándolo aquí. (Juan lo va colocando delante de Don Miguel)

JUAN. ¿El señorito está malo?

DON MIGUEL. - Estoy perfectamente. ¿Por qué me lo preguntas?

JUAN. - Perdone el señorito, pero me parece raro que el señorito no como hoy en otra parte.

DON MIGUEL. - ¿Qué quieres? Cuando hay que trabajar...

JUAN. - Tié razón el señorito... El biftec está recién hecho... Era el mejor trozo de solomillo que había en la cocina, y yo le dije al jefe: "Hágamelo pa el señorito Miguel"... La ensalada es fresca de hoy... El pan, el vino...

DON MIGUEL. - ¿Es del blanco embotellado?

JUAN. - Sí, señor, del que suele tomar el señorito. También le he traído café aunque no me lo ha pedido, pero como yo sé que el señorito no deja nunca de tomar café después de comer...

DON MIGUEL. - Es verdad, no había encargado café, ¡ cómo tendré yo la cabeza! (Comienza a comer. Pausa)

JUAN. - A to esto, señorito, yo me debía d´ir, pero si al señorito no le molesto, me esperaré a que termine, pa llevarme el servicio y no tener que volver a subir. Eso, si el señorito no prefiere que le deje solo, y si no molesto.

DON MIGUEL. - No molestas, Juan, siéntate.

JUAN. - (Sentándose sobre la mesa del fondo) Gracias, señorito.

DON MIGUEL. - (Que continúa comiendo) Y qué ¿te vá gustando más Madrid?

JUAN. - Sí, señorito, pero no es que Madrid sea más bonito ahora que antes, quiá, Madrid siempre me pareció bonito, lo que tié es que ahora la novia se ha venío a servir, y ya tié uno con quien pasear y hablar toos los días.

DON MIGUEL. - Pero ¿la ves todos los días?

JUAN. - Andá, ya lo creo, toas las noches después de cenar; como su señorita tié un perro y está mu emperrá con él, pues le tié que sacar mi novia toas las noches a que haga... je, no se lo puedo decir al señorito porque está comiendo...

DON MIGUEL. - Ya, ya.

JUAN. - Usté perdone. Pues como tié orden de no subirlo hasta que el animalito haya... terminado, pues se m´ha ocurrío una cosa que me estoy con mi novia mucho más rato.

DON MIGUEL. - ¿Y qué se te ha ocurrido?

JUAN. - Je, je, señorito, je, pues que en cuanto veo que el animalito s´arrima a un arbolillo pa cumplir, le arreo una patá, que el animalito, de la impresión, se le olvía lo que tenía qu´hacer. Je, je, je.

DON MIGUEL. - (Reconviniéndole) Hombre, hombre...

JUAN. - Ah, pero alguien le fué con el cuento a la señorita y que he tenío un susto mu grande, señorito.

DON MIGUEL. - ¿Y cómo lo arreglaste?

JUAN. - Pues ná. Aquella noche bajó mi novia y me dijo bajito: "No toques al perro, por Dios, que la señorita s´ha enterao y nos vigilan." Figúrese, señorito, mi apuro. Pero yo soy mu listo... y como toas las noches le llevaba a mi novia algo del café, pues que en cuanto que llegó la hora de la sentencia, saqué una chuleta que traía, y se la dí, y la señorita, al enterarse de que en vez

JUAN. - de darle al chucho una patá, le daba una chuleta, pues que l'ha subío el sueldo a mi novia y too... je, je, je.

DON MIGUEL. - Pero ahora, ¿estarás menos con ella?

JUAN. - Quiá, señorito. Lo que antes lo arreglaba yo con una patá, ahora lo arreglo con una pata: con una pata de pollo o tajá por el estilo, porque asín que noto que el animalito nos vá a cortar la entrevista... le enseño la patita o el muslito y se - l'olvía entoavía más lo que tenía qu'hacer. Je, je, señorito, si es que yo soy mu listo.

DON MIGUEL. - No está mal, hombre. (Pausa) ¿Y cuándo te casas?

JUAN. - Ay, señorito, si por mí fuera, enseguída. Lo malo es que no tié uno pa pan siquiera. Y cá vez está uno más aburrío de estar tan solo.¿Usted me ve a mí que parece que estoy siempre de tan buen humor? Bueno, pues estoy mu triste, señorito, con esto de no poder casarme.

DON MIGUEL. - Pero, hombre, siendo tan jóven, y pudiéndote entretener con la novia, ¿qué prisa tienes? Estando soltero tendrás tus ventajas y tus compensaciones.

JUAN. - Quiá, quiá. Yo no he comprendido nunca como un hombre que tié pa casarse no se casa, y Dios le tié que castigar por tonto. Pero, señorito, si se tié que estar mucho mejor en casita que dando tumbos por el Retiro, pasando frío, y donde too el mundo le vé a uno y donde la novia, porque es honrá, no quiere que la vean que la hace uno... vamos, esas cosas naturales, ustê comprende, señorito. Y se desespera uno y cá vez tié uno más ganas de casarse. (Pausa) Porque es que además, yo quiero mucho a mi novia, señorito, y el querer no sé que tié que se come la voluntad, y hasta despierto sueño con una de esas casitas de pobres, tan pequeñas y tan oscuras -ésas que cuestan siete u ocho duros-, que se encuentran o que no se encuentran, señorito, pero que una vez en ellas se debe de sentir mucho más el calor del querer. Y deben de saber más bien esos guisos que hace la mujer, que a lo mejor están mu malos, pero que porque los ha hecho ella los encuentra uno tan ricos... y no los cambiaba uno por los de la mesa del rey. Y luego... si viene un chiquitín, mejor, y si no, mejor también, que así, sin tener que atenderle, tendrá uno más tiempo pa atenderse el uno al otro, y quererse más. Yo no sé, si luego tuviese un pequeño, si lo querría mucho, pero ahora, ahora, señorito Miguel, no me importa más que ella, me basta ella, señorito, me basta ella.

DON MIGUEL. - (Que ha ido poniéndose mustio con la oratoria del enamorado, deja de comer) Tienes razón, tienes razón, Juan, siempre debe - bastar con "ella", pero lo malo es que no todos tienen esa "ella". Anda, recoge y llévate ésto.

JUAN. - (Saltando de su asiento) Pero ¿no come más el señorito? Si apenas ha tocado la ensalada. ¡ Con lo rica que está hoy la ensalada rusa!

DON MIGUEL. - Llévasela al perrito.

JUAN. - No la entiende, señorito; es pekinese.

DON MIGUEL. - (Levantándose) Toma. (Le da 5 pesetas)

JUAN. - (Mirando el billete que le han dado) No tengo vuelta, señorito.

DON MIGUEL.- No hace falta que me la des.

JUAN. - (Incrédulo) ¿Me da Vd. cinco pesetas?

DON MIGUEL. - Sí. Convida a la novia.

JUAN. Gracias, señorito, es Vd. mu bueno.

DON MIGUEL. - Soy como siempre he sido. Es tan fácil que tú pases el domingo contento, y ese dinero me importa a mí tan poco, que ahí va, no porque sea yo más bueno, sino porque sólo ahora me he dado cuenta de que te hace falta para comprar una cosa tan grande, tan grande, que no la puedo comprar yo, con toda mi fortuna.

JUAN. - (Con aire de ignorancia) El señorito perdone; no le entiendo, pero estoy mu agradecío. (Pausa) Y no le molesto más, voy a recoger. (Recogiendo) El café se lo dejo.

DON MIGUEL. - (Encendiendo un pitillo) Sí, déjamelo.

JUAN. - Muchas gracias, señorito, por todo; muchas gracias. Si quiere algo, no tie más que mandarme recao, a cualquier hora. Adiós, señorito. (Marchándose ya) Muchas gracias. (Se va. Al cabo de un momento, se oye un murmullo de dentro y la voz de Juan) Sí, sí señora, está.

(Carmita aparece en la puerta y se queda parada mirando fijamente a Don Miguel. Este, sorprendido, hace lo propio. Al fin reacciona y sonriendo con elegancia dice...)

DON MIGUEL. - Pasa, mujer.

CARMITA. - ¿No me esperabas, verdad?

DON MIGUEL. - ¿Cómo querías que te esperase a estas horas, y cuando te creía ya camino de la sierra, o de Toledo, con mis amigos? ¡ Siéntate, siéntate!

CARMITA. - Con tus amigos... ¿tú has creído, de verdad, que yo estaba en camino con tus amigos? Bueno.

DON MIGUEL. - No veo que tenga nada de particular. No sería la primera vez que te fueras con mis amigos o con los que no lo son.

CARMITA. - Antes de conocerte, sí; después, no.

DON MIGUEL. - Es posible, o mejor dicho, es verdad. Ahora recuerdo que después de conocerme no has ido nunca con mis amigos... Pero irás.

CARMITA. - O no iré. Eso depende...

DON MIGUEL.- ¿Depende?

CARMITA.- Sí, depende.

DON MIGUEL.- Bueno, pues...depende. (Pausa) ¿Y a qué has venido?

CARMITA.- A saber por qué no has venido tú.

DON MIGUEL.- Hombre, ya te lo habrán dicho los amigos.

CARMITA.- Pero, tú les mientes a tus amigos, y yo prefiero... (recalcando) prefiero que me mientas a mí. (Desafiándole con la mirada).

DON MIGUEL.- Ea, pues te lo diré. No he ido porque tengo mucha correspondencia que despachar. Mira, mira qué montón de cartas tengo aquí. (Señalando)

CARMITA.- (Sonriendo con ironía) Está bien. Pero ahora no estabas trabajando. ¿Qué hacías ahora aquí solo?

DON MIGUEL.- ¿Qué iba a hacer a estas horas y solo? Tiene gracia. Acababa de comer. ¿No has visto al mozo? Y me disponía a dormir un rato. Bien puedes decir que eres la única mujer que me ha quitado el sueño. (Ríe)

CARMITA.- (Molesta) Tendré paciencia... pero no me iré.

DON MIGUEL.- (Despistado siempre) No me molestas. Charlaremos un rato. Precisamente estaba yo hoy un poco triste. Ese mozo me ha dicho unas cosas que, francamente, me han hecho descubrir que soy capaz de ponerme cursi.

CARMITA.- ¿El mozo? ¿Y qué te ha dicho ese paleto que te haya podido interesar?

DON MIGUEL.- No lo entenderías si te lo repitiera. Je, tiene gracia. Tú, Carmita, no entender lo que dice un mozo de café. Pero estoy seguro de que no lo entenderías.

CARMITA.- ¡ Estás insoportable, Miguel! ¡ Cualquiera diría que siempre habíamos hablado así, como si estuviésemos delante de gente. Y, sin embargo, Miguelillo, (acercándose cariñosa) ya sabes tú que yo no he querido a nadie, a nadie más que a tí.

DON MIGUEL.- Puede... pero esto mismo se lo habrás dicho a muchos.

CARMITA.- (Pasional) Sí, se lo he dicho a muchos, pero tú sabes por qué se lo he dicho. No pretendas hacerme creer que después de tantas aventuras y de tanto mundo, pienses que siempre que una mujer dice a un hombre "no quiero a nadie más que a tí", sea porque verdaderamente le quiera. ¡ Esto se dice tantas veces en la vida, cuando hay interés por medio y cuando no lo hay! ¡ Hasta las mujeres casadas se lo dicen a sus maridos... bueno, éstas más que ninguna, porque qué remedio les queda. Pero tratándose de mí, que sabes que he vivido siempre, como he vivido, bien seguro debes estar que lo he dicho muchas veces sin sentirlo, y bien segura

CARMITA.- estoy yo, que sintiéndolo, no lo he dicho hasta que te lo dije a tí, Miguelillo, ¡ Cómo iba yo a sospechar que se podía querer así en la vida!

DON MIGUEL.- (Riendo) Oye, ¿has hablado con el mozo?

CARMITA.- (Muy molesta) ¿Por qué lo preguntas?

DON MIGUEL.- Porque lo parece.

CARMITA.- Me he puesto cursi, ¿verdad? Bueno, pues vamos a terminar de una vez. Quiero que hablemos en serio. Es la única manera de entendernos y de saber a qué atenernos. ¿Puedo empezar?

DON MIGUEL.- Si te empeñas. Ya ves que he procurado evitar hasta este momento el decirte cosas desagradables, el herir susceptibilidades, pero si es necesario que hablemos, hablaremos. ¿Qué pretendes?

CARMITA.- Primero, decirte lo que ya te he dicho, que sólo a tí he querido, y que nunca pensé que se pudiera querer tanto; luego no ocultar la intención que me trajo aquí, ver si podía conseguir que tú... no... que me quisieras de igual modo, eso no lo he pretendido nunca, pero por lo menos que respetases este cariño, que lo soportases, ya que supongo que tú seguirás viviendo como has vivido hasta ahora, sin compromiso sentimental ninguno, el amo del amor que no llora, que sólo ríe... "el invencible".

DON MIGUEL.- Pero, perdona... si tengo que sonreirme a pesar mío; tst, ¿cómo puedes tú pensar que yo pueda aceptar a una mujer así, la mujer que fué de todos, y si lo fué sin amor, peor aún; (Carmen quiere interrumpir) sí, peor aún. para la dignidad de un hombre, aunque para su sentimentalísmo pueríl fuese mejor. ¿Cómo puedo yo en serio tenerte en mis brazos ni besar tu boca con ilusión, si en todo momento tendría que acordarme que estaba besando los besos de los demás y acariciando las caricias pagadas de otros hombres? (ella hace un gesto de dolor) Muy duro, muy cruel todo lo que te digo, pero tú me has obligado a esta sinceridad. (Callan)¿Y si sólo por compasión te fuera a soportar? ¿Dónde dejar humanamente este cargamento de amor propio que todos llevamos dentro? y ¿cómo soportar la burla silenciosa y quizás hasta hablada, que me diría con el gesto, con la sonrisita irónica, con la indirecta envenenada: "Miguel, cobijado como un mendigo, en una ruina pulverizada por las pasiones mezquinas de los hombres que pagan"? ¿Cómo contrarestar esta fuerza necia, despiadada a veces, pero real siempre, que se llama pequeña honrilla en el hombre" ¡ Imposible! Sólo un amor ciego, irresponsable, podría saltar por ella, y yo no puedo sentirlo por tí, ¿Cómo he de sentirlo, si hasta ahora ni siquiera sé donde tengo el corazón? (Conmovido)

CARMITA.- ¿Y si en vez de cobijarte en una ruína te cobijaras en un gesto de redención? No serías el primero. Se mira hoy con tanta simpatía al hombre que redime a la mujer caída. Yo no daría motivos para que nadie pensase que esta redención no había sido efectiva, no los daría, ante todo porque te quiero, y luego, porque la gratitud me obligaría a compensarte de la vergüenza de haber aceptado mi pasado. No pienses que vengo a tí guiada por algún interés, todos podrían tener derecho a pensarlo, todos menos tú, y sólo de tí me

CARMITA.- dolería. ¿El dinero? A mí no me falta y sabes que dos de las fortunas más fuertes de Madrid están dispuestas a enriquecerme y sabes también, que bolsa que cayó en mis manos, salió vacía.

DON MIGUEL.- No sigas, no sigas. Todo eso lo sé, Carmita. Y me duele que me quieras, porque es un imposible lo que pretendes. Sé razonable, tú tan sensata siempre... y digámonos adiós con serenidad. Te prometo mi amistad, Carmita; seremos amigos mientras podamos serlo.

CARMITA.- ¿Eso quiere decir que quizás algún día alguien te pueda impedir que lo seas?

DON MIGUEL.- ¿Y si así fuera? El hombre no es dueño de su futuro... podría enamorarme... desear un hogar...

CARMITA.- (Interrumpiendo celosa) Miguel, tú ya estás enamorado.

DON MIGUEL.- No, no lo estoy; ni siquiera sé si podré llegar a enamorarme. Mi corazón crió callo en la batalla... y es tan difícil llegar al fondo cuando hay que atravesar tanta corteza muerta.

CARMITA.- (Obsesionada) Y, claro, esa mujer de quien tú podrías llegar a enamorarte, tendría que ser una mujer que siempre fué honrada...

DON MIGUEL.- (Lentamente) Así es... (callan, luego él la mira) ¿Pero lloras? No llores, Carmita... Si tenías sueños de paz, de remanso familiar, de castidad cristiana ¿por qué no defendíste tus derechos a estos goces? ¿Por qué los tiraste por en medio para beber la pasión y el amor, sin límites ni fronteras?

CARMITA.- (Enjugándose) Porque el amor que yo soñé al abrir los ojos a la vida, al sentirme de pronto mujer, no lo encontré, ni veía que lo encontrase nadie, y creí que sólo era un sueño, un imposible. Entonces me rebelé contra la realidad y no supe resignarme a entrar en el rebaño de las que aceptaban cobardes, rumiando la vulgaridad del matrimonio sin amor, o lo que es peor aún, con amor convencional. Y la inquietud me perdió, porque además jamás sospeché que pudiera encontrar un hombre como tú. ¡ Tan vulgares y necios eran todos los que me rodeaban! Pues si yo hubiese sospechado que había un Miguel en el mundo ¿Estaría yo aquí ahora mendigándote cariño?

AMALIA.- (Entrando) Buenas tardes. (Al ver que hay otra persona) Ay, perdonen, no quisiera molestar.

DON MIGUEL.- (Gravemente) No molesta Vd. a nadie. Pase, Amelia. (Amelia entra y se va por la puerta de la derecha)

CARMITA.- (Levantándose y cogiendo a Don Miguel de un brazo) ¿Quién es esta mujer?

DON MIGUEL.- Mi secretaria.

CARMITA.- (Agresiva y nerviosa) Tu secretaria, tu secretaria... Y, ¿por ésta mujer has despreciado las horas de alegría que te ofrecía yo hoy? Y ¿por ésta mujer (levantando paulatinamente la voz) te has quedado en Madrid, este sábado? Y ¿por ésta mujer... ?

DON MIGUEL.- No chilles que te puede oir. Esta mujer...

CARMITA.- (Interrumpiéndole) Mejor, si eso es lo que quiero, que me oiga, si me tiene que oir. Carmita Velasco vuelve a ser Carmita Velasco, se acordó un momento que había nacido una señorita y como una señorita te ha hablado, pero vivió siempre como una hembra y una hembra vuelve a ser...

DON MIGUEL.- Calla, mujer, calla.

CARMITA.- (Sin oirle) Te defenderé para mí, contra ella y contra todas. Y no porque te quiera, ¿qué te has creído tú? Sino porque a Carmita Velasco no le arrebató nadie, ningún hombre.

DON MIGUEL.- Calla, calla.

CARMITA.- No me da la gana. La arrancaré el corazón y te lo arrancaré a tí.

DON MIGUEL.- (Asiéndola fuertemente por la muñeca) Calla de una vez y vete.

CARMITA.- ¿Tienes miedo al escándalo? Pues lo daré...

DON MIGUEL.- (Exasperado) (Empujándola hacia la puerta violentamente) Vete, Carmita, te lo mando, te lo ruego.

CARMITA.- (Forcejeando) Pues no me voy, no me voy...

DON MIGUEL.- (Descompuesto) Vete ahora mismo, si no...

CARMITA.- (Desafiándole con la mirada) Si no ¿qué?

DON MIGUEL.- (Despacio, serenándose) Si no, no me volverás a ver en la vida, ¡ en la vida!

CARMITA.- (Pausa) (Casi llorando) Y si me voy, ¿te veré?

DON MIGUEL.- (Luchando) Esta noche.

CARMITA.- (Incrédula) ¿Me lo juras?

DON MIGUEL.- Te lo juro.

CARMITA.- (Llorando) Pues adiós, Miguel. (Mutis) (Don Miguel se pasea nervioso e intenta reponerse)

AMELIA.- (Saliendo con el block y el lápiz) A sus órdenes, Don Miguel.

DON MIGUEL.- (Turbado) Perdone, Amelia; no estoy en condiciones de empezar a trabajar y sobre todo me creo en el deber de dar a Vd. una explicación, de pedirla que perdone la violencia de haberla hecho oir involuntariamente, palabras que la han debido molestar.

AMELIA.- No le comprendo. Vd. no tiene por qué darme a mí explicación alguna. Es Vd. el jefe, es Vd. algo así como el dueño de la casa y yo tengo la obligación de no haber oído, aunque hubiese oído.

DON MIGUEL.- Si fuese Vd. otra empleada cualquiera, quizás, pero es Vd. una señorita que tuvo que venir a una oficina porque la vida la exigió que viniese, pero una señorita al fín; y a una mujer de su educación se la deben suponer altos grados de sensibilidad, por los que ningún caballero debe saltar. Además, para mí, Vd. no es sólo una empleada, es algo más.

AMELIA.- Muchas gracias, aunque no acabe de comprenderle. Estoy muy agradecida por las consideraciones que conmigo tuvo siempre, pero eso no debe significar para mí un derecho, para dejar de ser, siempre que en esta oficina me halle, una simple subalterna.

DON MIGUEL.- Hay momentos, Amelia, en que el ser jefe no significa nada ante ciertas razones morales que están siempre muy por encima de las jerarquías y de la disciplina. Y en esos momentos el hombre debe ser ante todo un caballero, y la mujer oírlo, no como una simple subalterna, sino como mujer consciente de su condición de tal y de su dignidad. Y eso quiero que sea Vd., por lo menos hasta que termine de darla las explicaciones que debo darla.

AMELIA.- Pero en nombre de esa mísma condición de mujer y de esa dignidad, yo podría negarme a escuchar.

DON MIGUEL.- (Humillado) Perfectamente, está Vd. en su derecho. ¿Se niega Vd. ?

AMELIA.- No, Don Miguel. Puede Vd. decirme lo que guste.

DON MIGUEL.- Gracias. Usted ha visto aquí a una mujer. Esa mujer ha entrado sin haberla llamado yo, sin consentimiento mío, sin saber yo siquiera que iba a venir. Ha venido... porque muchas veces no se puede evitar el que le busquen a uno, personas que no tiene uno gusto en ver, y menos en un sitio como éste. Quien haya visto entrar a esa mujer, tendrá derecho a pensar que no venía aquí para nada santo, y quien la haya visto entrar a Vd. después, podría suponer lo que yo no quiero que se piense de Vd., por mi culpa y por la de la otra. Puede Vd. pues retirarse si gusta.

AMELIA.- De ninguna manera, Don Miguel. Yo no fabrico mi conciencia con las conciencias de los demás; la mía es mía, y tan mía, que con sólo saberme yo buena, me basta. Sería ridículo que por unas gentes que no conozco -y que aunque conociese no serían nunca capaces de pagarme la delicadeza de no darles motivo para pensar mal de mí- faltase ahora a mi deber, a la ley del agradecimiento, y le dejase solo esta tarde, con todo este trabajo, sabiendo que le hago a Vd. falta.

DON MIGUEL.- (Triste y lentamente) Sí, me hace Vd. falta, Amelia. Sí me hace Vd. falta, y sobre todo esta tarde. Pero así y todo, yo preferiría que se fuera.

AMELIA.- ¿Por Usted?

DON MIGUEL.- No.

AMELIA.- Pues entonces me quedo. Aunque yo quisiera que Vd. me diera permiso para dejar de ser, unos momentos más, la empleada, y me permitiera decir a Vd. algo respecto a la entrada de esa mujer aquí, para que viese que no fué suya toda la culpa.

DON MIGUEL.- Concedido.

AMELIA.- Pero ha de ser prometiéndome que no se va Vd. a incomodar por nada, por nada, aunque le dijese cosas poco agradables.

DON MIGUEL.- Se lo prometo (más contento) a cambio de que Vd. me prometa que tampoco se incomodará por nada que la pueda decir yo.

AMELIA.- Prometido.

DON MIGUEL.- ¿Aunque fuese algo que ni remotamente pudiese Vd. sospechar?

AMELIA.- (Un sí es no es guasona) Aunque fuese eso.

DON MIGUEL.- ¿Está Vd. segura?

AMELIA.- (Sonriendo) Don Miguel, ¿es que Vd. sería capaz de no estarlo? Pues amor con amor se paga.

DON MIGUEL.- (Serio) ¿Usted cree?... Pues siéntese Anelia. (Amelia se sienta en el sofá y Don Miguel se reclina contra el ángulo de la mesa. (Pausa) Ah, tiene Vd. ahí una carta, Amelia, se me había olvidado. (Va por ella).

AMELIA.- (Levantándose) No se moleste, la cogeré yo. (Don Miguel se la alarga. Ella vuelve a sentarse y se queda mirando el sobre)

DON MIGUEL.- Puede Vd. leerla; mientras tanto ojearé yo la correspondencia.

AMELIA.- No, Don Miguel, de ninguna manera.

DON MIGUEL.- Si prefiere Vd. entrar en su cuarto de trabajo y leerla allí.

AMELIA.- Si no es eso. Si es que yo no leo esta carta hasta mañana.

DON MIGUEL.- ¿Hasta mañana? Pues yo creía que le interesaba mucho.

AMELIA.- Y me interesa. Es lo que más me interesa en el mundo, Don Miguel. Pero no la leo hasta mañana. ¡ Es mi sol de Domingo!

DON MIGUEL.- No insisto, podría ser indiscreción. Estábamos...

AMELIA.- Estábamos en que vamos a terminar pronto, porque hay mucho que hacer. Usted me decía que esa mujer, Carmita, había entrado aquí sin su consentimiento, sin haberla llamado, sin saber siquiera que iba a venir, porque muchas veces no se puede evitar que le busquen a uno personas que no tiene uno gusto en ver... Don Miguel... todo esto me parece a mí algo falso, y sobre todo algo cruel. A esa mujer que ahora viene aquí sin su consentimiento y a quien no tiene Vd. gusto en ver, le debe haber dado algún derecho alguna vez para que ella se haya atrevido a venir. Usted no me podría asegurar que sólo la había tratado en visita, y que ella era una cínica al tomarse esa libertad.

DON MIGUEL.- No, no lo es, desde luego.

AMELIA.- Entonces, alguna vez fué para Vd. algo más que la persona que no se desea ver, quizás que se desea ver muy a menudo y si con palabras verdaderas o mentidas ya, la hizo concebir una ilusión, ¿qué extraño que venga a reclamarle algo de lo prometido, si lo prometido se ofreció sin que se pidiera siquiera?

DON MIGUEL.- Ya sé, Amelia, que eso no tiene nada de extraño, lo raro es que viniese a pedirme lo que no prometí jamás. Y además hay que distinguir...

AMELIA.- Ya distingo. Pero mi moral es ésta. El hombre con verdadera dignidad, por estimación propia, no debía acercarse nunca a una mujer, de quien se pudiese avergonzar después. Y si una mujer de esa clase le gustó y hasta llegó a quererla, debía ser hombre ante todo, aceptando las responsabilidades y teniendo la valentía de no negarla ante los hombres para aparentar ser más recto o más bueno. Antes de comer, y delante de sus amigos, borraba Vd. los límites, y casi negaba la existencia de la mujer verdaderamente buena, sin saber que esa clase de mujeres, se merecen, muchas veces, bastante más de lo que la sociedad las dá. Pero hay un punto del que ni los hombres inteligentes saben prescindir; la pequeña vanidad de hombre. Y no discutamos más, porque aunque Vd. llegase a convencerme, todavía tendría yo que preguntarle. ¿Por qué, si verdaderamente cree que esa mujer no merece más que menosprecio, no la echó Vd. de aquí, desde el primer momento? ¿Por qué permitió Vd. que se quedara y con ello perjudicara a la otra, a la honrada? Si tan insignificante y despreciable era ¿por qué tuvo Vd. miedo de echarla, y por qué para que se marchara le tuvo que prometer que iría a verla esta noche?

DON MIGUEL.- Basta, le suplico. Me está Vd. diciendo cosas muy fuertes.

AMELIA.- Acuérdese que prometió no incomodarse, Don Miguel.

DON MIGUEL.- Y no me incomodo, me duelen. Yo no puedo explicarle que hay momentos en la vida, en que uno no es dueño de sí mismo, en que hay tentaciones irresistibles, en que la voluntad, y la estimación de sí mismo, y hasta el concepto de la dignidad, se anulan ante el empuje misterioso del... amor... -llamémoslo así por delicadeza-

AMELIA.- (Tristemente) Unos más y otros menos, todos tenemos lo nuestro, Don Miguel, pero hay algo más fuerte que todo eso, la voluntad... y el que dice, "no quiero", triunfa.

DON MIGUEL.- Y Vd. ¿triunfó siempre?

AMELIA.- Siempre. Y seguiré triunfando, porque tengo fé.

DON MIGUEL.- A pesar de la fe, cuando la hora suprema llega, no basta la voluntad.

AMELIA.- Eso que Vd. llama "la hora suprema", no llega si se sabe huir de ella a tiempo.

DON MIGUEL.- Y si a pesar de huir ¿Le alcanza a uno?

AMELIA.- (Exaltada) La voluntad vuela más, y no le alcanzan.

DON MIGUEL.- (Mirándola con admiración. Pausa) ¡ Si supiera Vd. Amelia, cuánta envidia la tengo!

AMELIA.- (Extrañada) ¿Por qué?

DON MIGUEL.- Porque sabe Vd. ser buena de veras. Usted no se ha dado cuenta de lo difícil que es ser bueno de veras, y ser fuerte de veras... ¡como Vd. lo es!

AMELIA.- (Levantándose) Qué cosas se le ocurren. No diga Vd. eso, Don Miguel.

DON MIGUEL.- Eso y mucho más quisiera yo decirla hoy. Como si la rueda de la vida se me hubiese parado pronto, y de pronto también, sin lo borroso de la velocidad, la viese clara, con sus desgastes y sus mellas, detelladas del vivir, me he dado cuenta que han pasado muchos años, y que no he hecho nada digno ni grande en ellos. Y se ha apoderado de mí una tristeza tan honda y tan desoladora, que yo, el hombre de nervios fuertes, el insensible, me he emocionado hoy como un adolescente, cuando el mozo del café me contó, con una sencillez casi cruda, su amor por su novia, su deseo de hogar, sus ansias de nido. Y no sé por qué -también, instintivamente, -quizás por el sabor de bondad y dulzura que tenía su relato- me he acordado de Vd. Amelia, y me ha dado pena, el que Vd. reciba todos los sábados esa carta que no lee Vd. hasta el día siguiente, y que es su sol de Domingo. Y me ha dado un poco de rabia que no me quisiera Vd. explicar,

DON MIGUEL.- por qué no la lee Vd. hasta el domingo, a pesar de ser lo que más le interesa en la vida, Amelia, ¿Es verdad que quiere Vd. mucho, mucho a su novio?

AMELIA.- (Que ha ido poniéndose seria, emocionada, con miedo) ¿Mi novio? ¡ Si yo no tengo novio, Don Miguel!

DON MIGUEL.- (La mira triste) ¿No me merezco una confidencia?

AMELIA.- No le miento. Yo no tengo novio.

DON MIGUEL.- ¿Y esa carta?

AMELIA.- Esa carta es de un amigo.

DON MIGUEL.- (Recalcando) ¿Sólo amigo?

AMELIA.- (Sordamente) Sólo.

DON MIGUEL.- (Acercándose) Entonces ¿puedo decirle a Vd. que la quiero, que la ofrezco mi nombre y mi hogar, para toda la vida?

AMELIA.- (Asustada) (Queriendo interrumpirle) No, no, eso no, Don Miguel.

DON MIGUEL.- (Tristemente) Soy demasiado viejo...

AMELIA.- No, no es eso. Yo le quiero a Vd., yo estoy agradecidísima, pero no puedo, no puedo quererle como Vd. me pide, Don Miguel. ¡ Como a un superior, como a un amigo, como a un padre, como a un Dios, sí; para casarme, no, no puedo!

DON MIGUEL.- ¡ Qué triste es oirlo! Lo que más duele, cuando se ve uno canas en el espejo es que las mujeres nos digan que nos quieren así, como Vd. me quiere a mí, y tener que resignarse, mientras el corazón aún tiene juventud y busca una mujer.

AMELIA.- (Nerviosísima, con desesperación) Pero si no es eso, Don Miguel. Los años no significan nada. Si ese fuera el único impedimento yo no vacilaría en aceptar sus proposiciones, pero no es eso, créame, Don Miguel; es algo más grande, tan grande, que puede más que mi admiración y mi cariño por Vd.

DON MIGUEL.- (Mirándola, como queriendo leer en su fondo) No la comprendo no puedo siquiera adivinar, y me tortura no saber su secreto, porque yo la quiero tanto, Amelia, que no puedo resignarme a aceptar su negativa así, sin más explicación. ¿Soy indiscreto? Perdone, y calle, si es que el hablar le hace daño.

AMELIA.- (Lucha, y al fín se decide) No, Don Miguel, Vd. se merece esta confidencia.

DON MIGUEL.- Gracias, Amelia.

AMELIA.- (Lentamente) El hombre que me escribe todos los sábados, es sólo un amigo, un amigo del alma, que llena toda una vida, un refugio espiritual, una pasión del espíritu, si Vd. quiere, pero un amigo; no mentí al decirle ésto. Pero ese amigo, a pesar de quererle y de quererme, como más no se quiso nunca, no es mi novio, ni mi amante, ni quizás llegue nunca a ser mi esposo, porque ese hombre está casado.

DON MIGUEL.- (Sordamente) ¡ Ah... !

AMELIA.- ¿Se asombra Vd. ? ¿Le sorprende? Y sin embargo este amor, que para otro hombre menos espiritual que Vd. -pese a sus apariencias de conquistador materialísta-, aparecería un pecado, llena tanto mi vida, y realiza tan completamente mis sueños de cariño, que no sé cambiar las angustias de la ausencia, el aislamiento y la soledad forzosa, por otro amor más legal, y el bienestar y la felicidad que me pudiera traer. Lo he pensado tantas veces, al sentir pasar los años y verme envejecer en el futuro; pero nunca he podido encontrar una fórmula para mi felicidad, más que ésta: "esperar", esperar siempre, porque estoy segura de que nada podría hacerme felíz más que este cariño.

DON MIGUEL.- ¿Hace mucho tiempo que conoce Vd. a ese hombre?

AMELIA.- De hecho, dos años. En espíritu, desde que me sentí mujer, porque él encarna mis sueños de adolescencia, el presentimiento del amor que había de llegar. Y si es verdad que antes vivimos otra vida, él debe ser el gran amante de mi otra existencia, quizás mi pasión imposible, que truncó el destino, y al que alcanzó la muerte con la gran sed sin satisfacer, palpitando en los labios... ¡ tan lejos y tan eterno le presiente mi corazón! (Repentinamente, como temiendo haber dicho demasiado o no haber sido comprendida) Usted no se reirá de lo que le digo, ¿ verdad Don Miguel?

DON MIGUEL.- No, Amelia, me descubro el alma en señal de respeto, y quisiera saber más.

AMELIA.- ¿Más? ¿Más todavía?

DON MIGUEL.- Sí; dónde le conoció, cómo brotó ese idilio, qué circunstancias le rodearon. Cúentemelo.

AMELIA.- (Recordando)... Fué en el dolor y en la amarga inquietud de un sanatorio donde le conocí. Mi madre, en una alcoba, muy grave, una niña suya, la única que tiene, en la otra. Todos los días el saludo y la pregunta oficial: "¿Cómo está la niña?" "¿Cómo está su mamá?" Y tantas veces preguntamos, que a fuerza de fingir interés, nos interesamos de veras. Así un día y otro; y almas roídas por un mismo temor, ensombrecidas, y asustadas de un mismo espectro, el de la muerte, pronto llegan a hacerse cristalinas, a necesitarse para alcanzar consuelo... Yo comprendí que era bueno, leal, muy hombre

.../...

AMELIA.- y muy desgraciado. El vió en mí tristeza, soledad, desamparo, y un sueño de amor en mi frente, y una sed de cariño en mis labios. (Pausa) Su mujer... una pobre mujer de estas, que no sabe uno si es buena por ser tonta o si es tonta por ser demasiado buena; tenía, y tiene, porque aún vive, un alma tan simple, un temperamento tan incoloro, un espíritu tan vulgar, vivía tan exenta de inquietudes, de desdoblamientos, de pliegues en el alma, que resultaba algo así como esas paredes tan blancas de Andalucía, que de puro blancas hieren la vista, y molestan, esas superficies tan lisas, que no se puede andar sobre ellas sin resbalar y caer. Era buena, ya lo he dicho, buena madre, dama caritativa, pero todo lo hacía tan simplemente, tan puerilmente, que no despertaba ni respeto su virtud, ni agradecimiento su caridad, ni amor su suprema bondad. No sé si Vd. me comprenderá, pero era un ser en fin, incapaz de hacer feliz a un hombre regularmente espiritual e inteligente, y menos satisfacer, ni parcialmente siquiera, el ansia de comprensión, de correspondencia física y moral, que el alma inquieta, rebelde, ávida de renovación y de vida, de su marido, necesitaba... En estas circunstancias, ya comprenderá Vd., Don Miguel, cuán fácil fué lo que sucedió; para que un amor penetre en un corazón, hace falta que lo encuentre vacío. Yo me río de esas pobres almas cándidas, que muy indignadas gritan: "Me robó el amor de Fulano", sin pensar que el amor no se roba nunca, es como la atmósfera, sólo ocupa lo que está desocupado, y somos nosotros, nosotros, los que lo dejamos ir no sabiendo llenar el gran vacío del corazón que deseamos nuestro.

DON MIGUEL.- (Viendo que Amelia interrumpe su relato) Siga... siga.

AMELIA.- El día que murió mi madre, le sentí moverse en torno mío, para todo, le adiviné llorando conmigo, y le sentí tan cerca, tan cerca, que a ratos me asustaba de pensar que fuese ya algo tan mío... (Llorando) La cerró los ojos, la vistió, la llevó al cementerio. Una vez en mi casa, me vino a ver. ¡ Desolación en mi alma, crepúsculo de invierno sobre Rosales y el Guadarrama! Viéndome llorar una vez más, me cogió las manos, y al mirarle yo con los ojos arrasados en lágrimas, para preguntarle mudamente qué podía significar él para mi desamparo, me besó la frente, tan limpiamente, tan buenamente, que no pude decirle nada. Me dió las gracias por mi confianza y me habló de lo que podía ser nuestro cariño, el gran refugio del alma. La mía tan ensombrecida por el dolor y la pobreza; la suya tan defraudada, tan estafada por la vida; todas las palpitaciones del espíritu concentradas en una sola aspiración, en un solo ideal; querer mucho, mucho y bien. Y cuando me dijo que de todas sus desgracias, la más grande era haberme encontrado demasiado tarde para tomarme en nombre de la Ley de Dios y de los hombres, lloraba como un niño; y cuando me preguntó si a pesar de su situación, podría yo aceptar su amistad, por lo menos hasta que un amor viniese a prometerme un puesto legal en la vida, yo sentí su ternura más grande que mi desgracia, más fuerte que mi prudencia, más justificada que

AMELIA.- mi conveniencia, y ciega me eché en sus brazos y ciega también, le dije "para siempre".

DON MIGUEL.- ¿Y eso fué todo? ¿Al tenerla en sus brazos ese hombre siguió siendo tan caballero?

AMELIA.- Eso fué todo, Don Miguel.

DON MIGUEL.- ¿Y ese es su triunfo? ¿Haber sabido defender esa amistad amorosa limpia hasta ahora?

AMELIA.- Ese es mi triunfo y el suyo. El también ha comprendido que sólo así podía durar.

DON MIGUEL.- Quizá por eso, por miedo a perderla, ha conseguido sentirse siempre ángel delante de Vd. y nunca hombre.

AMELIA.- No sé, pero no me lo diga Vd. Tengo yo tanta ilusión con pensar que sólo por amor a mi amor, me quiere...

DON MIGUEL.- Perdone, Amelia.

AMELIA.- No, si no hay nada que perdonar, si es natural que Vd. piense eso. Si es tan raro, tan maravilloso, que sólo nosotros - que lo sentimos, podemos tener la certeza de su existencia, sólo nosotros podemos vivir seguros de que el milagro existe y existirá, blanco y ennoblecido, cada vez más grande, cada vez más bueno. Y que sabremos defenderlo como se defiende lo mejor de la vida.

DON MIGUEL.- Y aunque así fuese, ¿Usted está segura de que siempre le ha de satisfacer vivir de ese modo? ¿No hay en Vd. sueños de - hogar, de verse reflejada y prolongada en su vida, en sus virtudes, en su nombre, por un hijo?

AMELIA.- Es que si ese hijo no pudiese ser la prolongación y el reflejo de él también, prefiero no tenerlo... Y además... ¿¡ Quién sabe?

DON MIGUEL.- Pero, si Dios mismo, le asegurase a Vd. que ese "¡ Quién sabe!" no llegará jamás, ¿seguiría Vd. queriéndole?

AMELIA.- Aunque nunca llegase. Aunque tuviese la certeza de que mis años se iban a marchitar sin conocer el frescor del rocío, la caricia, el amor; que la muerte me iba a sorprender sola como hoy, que con ella acaba todo y que no le iba a encontrar ni en el "más allá" siquiera; que mi espera iba a ser más eterna que la eternidad, y mi soledad más infinita que el infinito, sin esperar nada, y dándolo todo, le QUERRIA SIEMPRE, Don Miguel, - SIEMPRE. (Llorando enternecida y exaltada).

TELON LENTO.

Fín del Acto I.

ACTO II.

Gabinete en casa de Amelia. Dos puertas, una al fondo para salir a la calle y otra a la derecha, que comunica con otras habitaciones de la casa. A la derecha una mesa y tresillo. En el fondo otra mesa con un teléfono. A la izquierda cama turca o diván con ventanal detrás. Lámpara de pié y butacón; librería al otro lado. Una habitación, en fín, amueblada con gusto sobrio muy a lo inglés. Sobre la mesa y sillas hay unos ramos de flores. Al levantarse el telón está - Amelia recostada en el diván ojeando una revista y entra Mercedes con una taza de café humeante.

MERCEDES. - Mira chica, vengo de la cocina y me he traído esta taza de café, luego tomaré otra con vosotros; es mi vicio y no puedo sustraerme a la tentación de tomar dos tazas hoy. Además, esos señores sabe Dios a qué hora vendrán.

AMELIA. - Ah, pues muy pronto. A las tres y media tienen que estar todos en sus respectivas oficinas.

MERCEDES. - (Saboreando el café) Está riquísimo. ¿Quieres un poco?

AMELIA. - No, ya sabes que yo lo tomo casi por compromiso. El café tiene sabor de familia. Por eso a mi no me gusta.

MERCEDES. - ¿Tan mal te fué con la tuya?

AMELIA. - Como a todo el mundo que sobresale un poco del nivel de los demás. Falta de comprensión y de sentido de admiración. En mi casa solo mi madre estaba conmigo.

MERCEDES. - Es verdad. Y qué extraño a pesar de tu bondad. En el colegio, en cambio, sucedía lo contrario, te quería y te mimaba todo el mundo. Tenías un verdadero "success".

AMELIA. - Es que el colegio no tenía ambiente de hogar, o por lo menos de ese tipo de hogar tan burgués y tan vulgar, donde por fuerza han de oirse los gritos a la cocinera, las protestas ante la sisa inevitable, los adjetivos airados a la doncella que rompe los cacharros. Todo ello me ponía a mí de tan mal humor, - que siempre me han dado lástima esos pobres maridos pulcros de espíritu e inteligentes, soportando, en medio de sus traba-

.../...

AMELIA. - jos de arte o de literatura, la torturante vulgaridad de una mujer sin disciplina casera, en este sentido.

MERCEDES. - (Que sigue tomando el café con verdadera fruición) Eres la misma de siempre, Amelia. ¡ La eterna preocupada por todos los problemas! ¿Qué te importa a tí eso, si ahora vives tranquila, y además no tendrás que casarte con ninguna señora de esas. (Riendo y saboreando una cucharadita de café) Mira, el café está: ¡ gloria pura! Y como ya queda muy poco te vas a tomar dos cucharaditas por lo menos. Te lo mando yo.

AMELIA. - (Rechazando) No, no quiero.

MERCEDES. - (Presentándola la cucharilla) Sí, sí, anda que quiero yo.

AMELIA. - Que no, te he dicho.

MERCEDES. - Que sí, abre la boca.

AMELIA. - (Casi chillando) Déjame que me vas a manchar el traje. Te he dicho que no.

MERCEDES. - (Con dulzura) Anda no seas terca, dame ese gusto, por ser hoy tu santo.

AMELIA. - (Tomándolo) ¡ Uy que pesada te pones! Trae.

MERCEDES. - (Riendo victoriosa) Hay que ver lo pronto que cedes en cuanto se te pide una cosa con cariño.

AMELIA. - ¡ Tonta!

JUANA. - (Entrando) ¿Han llamado Vds. ? Porque a mí me ha parecido oir unos gritos.

AMELIA. - ¡La Señorita Mercedes, que se empeña en que todo el mundo ha de probar y encontrar riquísimo el café!

JUANA. - (Asustada) ¿Es que no lo está?

AMELIA. - Sí mujer, no te apures.

JUANA. - (Refunfuñando) Ya que no se les convida más que a café, por lo menos que sea un café digno de la casa y de la cocinera. ¿Verdad, señorita Mercedes, que eso de invitar sólo a café es muy pobre?

AMELIA. - Calla Juana, calla. No puede olvidarse de los banquetes de la abuela y de aquella mesa que antes de la ruina acogía diariamente a dos o tres convidados, por lo menos. Mi madre, tan íntima y tan recogida siempre, no se llegó a acostumbrar a ese contacto diario con los extraños. Había nacido para algo mejor; para educarme, y no omitió un detalle ni un esfuerzo, ni una ternura para hacer de mí algo perfecto. Ya ves como fra-

AMELIA. - casó. Amaba su tierra, como todas las inglesas y me traía los mejores libros de su literatura, y me llevaba a mí a ella, porque así creía que la llevaba también lo mejor de España. (Suspirando) ¡ Y cómo me gustaba a mí ir a Inglaterra!

JUANA. - Pues a mí no me gusta nada aquello. Sin entender a nadie y todos tan tiesos, y siempre tan deprisa, y el año entero sin sol, y tantas consideraciones y pamplinas con los perros y los gatos como si fueran más que personas.

AMELIA. - (Amelia y Mercedes se ríen) ¡ Pero qué independencia más hermosa, Juana!

JUANA. - Bah, bah, a mí me gustan más las gentes de aquí, las amigas y las comadres. Son más expansivas, más abiertas y chismorrean más. (Suena el timbre)

AMELIA. - Ya están ahí esos. (Juana sale a abrir)

MERCEDES. - ¿Y quienes van a venir?

AMELIA. - (Sin darle importancia) Pues nadie... es que ayer se enteraron que hoy era mi santo y me dijo Félix. "¿A que no es Vd. capaz de convidarnos a tomar un café después de comer?" Y claro, viene él con el Jefe del almacén y el Contable.

JUANA. - (Entra corriendo con dos ramos de flores, uno de claveles y otro magnífico de azucenas) Miren, miren que preciosidad, miren que divinidad.

MERCEDES Y AMELIA. - ¡ Uy qué bonitos, qué hermosos! (Coge Amelia los ramos)

MERCEDES. - ¿Quién los envía?

AMELIA. - (Leyendo las tarjetas) Los claveles son de Félix, y éste de Don Miguel.

MERCEDES. - De él habían de ser, la delicadeza y el gusto al escoger las flores. (En ese momento entran los convidados)

FELIX. - Hemos encontrado la puerta abierta y hemos entrado. (Saludos de rigor, felicitaciones, etc. etc.)

AMELIA. - Siéntense, siéntense. Y mil gracias, Félix,por sus flores que son preciosas. (A Juana) Juana, sirve enseguida el café. (Deja los ramos sobre algún mueble) (Se colocan, Mercedes con el Jefe y el contable en el tresillo; Amelia y Félix en el diván)

FELIX. - Antes de que se me olvide, me encargó Miguel la dijese que no dejaría de venir esta tarde, en cuanto pudiera, y que no se ha invitado a tomar café también, porque con esto de andar tan desarreglado, no solo le tienen prohibido el café, sino hasta el acordarse de él ni de nada después de las comidas.

AMELIA. - Don Miguel siempre tan especial.

FELIX. - Y que Vd. lo diga; tan especial y sobre todo tan singular. Comc que no hay dos como él... (Entra Juana con el servicio de café) (Lo coloca sobre la mesa. Mercedes sirve)

AMELIA. - ¿Usted opina así?

FELIX. - Sí, Amelia, y Vd. también. (Mercedes que está repartiendo las tazas, alarga una a Amelia)

MERCEDES. - Anda, Amelia, aunque no quieras. (Sigue distribuyendo tazas hasta que todos tienen la suya. Se acerca con el azucarero a Félix) Sirvase, Félix. (Se sirve) Y a tí, Amelia, te lo serviré yo a mi gusto (Le echa varios terrones)

AMELIA. - Basta, basta. (Vuelve Mercedes a su sitio y ofrece al Jefe y al Contable, luego se sirve ella).

MERCEDES. - ¿Y qué decía Vd. que le pasaba a Don Miguel?

FELIX. - Pues que no acaba de ponerse bueno, desde la enfermedad tan grave de este invierno, está el pobre fastidiado.

MERCEDES. - ¡ Qué raro, él que siempre ha sido tan fuerte!

FELIX. - Y tan alegre, y tan enérgico. Pero de repente, un día comenzó a ponerse de mal humor, a perder la alegría, hasta que cayó en cama. Me acuerdo que un Sábado no hubo quien le sacase de la oficina, so pretexto de que tenía que terminar de despachar la correspondencia. Amelia lo sabe puesto que le tocó trabajar aquella tarde, también. Ya vé, él que jamás, jamás, había pei dido ocasión de divertirse los Sábados y los Domingos y todos los días que podía.

EL CONTABLE. - Don Miguel es otro, hasta para el trabajo, antes el moverse para todo era en él cosa completamente natural, ahora se nota que hace un esfuerzo.

AMELIA. - Pobre, es que ahora tiene poca salud, pero yo espero que en cuanto entre de lleno la primavera, volverá a ser el Don Miguel fuerte, alegre y simpático de antes.

FELIX. - Miguel es un niño mal criado, siempre se salió con la suya, y alguna contrariedad fuerte debe tener para haber decaído de - esa manera. No se resigna a vivir vencido.

MERCEDES. - Pues algún día tenía que llegar el imposible que no se puede vencer.

FELIX. - Sí, pero por más negra que haya visto la cosa, estoy seguro que aún fabrica proyectos su cerebro, e ilusiones su corazón para alcanzar lo que desea. La enfermedad ha sido sólo una caída momentánea y al final resultará el invencible de siempre.

AMELIA. - ¿Tiene ese apodo?

FELIX. - Se lo ha ganado. Posee el secreto del triunfo; saber esperar todo lo preciso, sin impacientarse, y ser luego oportuno para dar el golpe de gracia. Es el hombre más admirable que he conocido.

AMELIA. - ¿Usted cree?

FELIX. - Sí, Amelia, y Vd. también. (Bajito lo último)

EL JEFE. - ¿Y será algún amor lo que trae a Don Miguel tan de cabeza?

FELIX. - Puede serlo, aunque a él le sobran amores en la vida.

EL CONTABLE. - Pero si dicen que se ha puesto malo de disgusto y de asco porque una tal Carmita Velasco le persigue y se empeña en que se case con ella.

FELIX. - ¿Y tú te lo has creído?

EL CONTABLE. - A ver: alguna causa había de haber para ese cambio tan repentino.

FELIX. - Pues a Miguel, ni le importa Carmita, ni la teme. Lo que ocurre es que esa mujer es tan obstinadamente insistente que no sé quién va a salirse con la suya, si Miguel arreglando a su gusto el asunto, o ella, consiguiendo que la lleve a la vicaría, o a su casa, que para el caso es lo mismo.

AMELIA. - Esa mujer es sincera y quiere mucho a Don Miguel.

MERCEDES. - (Que hasta ahora no ha tenido tiempo para intervenir porque se hallaba muy ocupada con su taza de café, da el último sorbo y dice). Y hay que ver cómo se ha sacrificado por él durante toda su enfermedad.

FELIX. - Eso sí, no hubo medio de echarla de allí, ni por las buenas ni por las malas.

EL CONTABLE. - Caramba, pues si tan poca gracia le hace a Don Miguel y tan poco miedo le tiene, ¿Por qué no la prohibió que se quedase a cuidarle?

FELIX. - Pues, ¿no lo oyes? Porque no hubo medio de que se fuera. De noche se sentaba en un sillón y se pasaba las horas atenta a cualquier movimiento del enfermo. Don Miguel tenía la cabeza trastornada con la fiebre y apenas se daba cuenta de nada, pero en los momentos de lucidez decía siempre, "esa mujer que se vaya".

MERCEDES. - ¿Y no se fué?

FELIX. - ¡Qué se iba a ir! Siempre que se lo mandaba respondía lo mismo. "Cuando te pongas bien, ya me iré, no tengas cuidado Miguel." Al fín tuvieron que darla alcoba y cama, para que pudiera descansar. El día que el médico dió de alta al enfermo le dijo ella. "Cuídate mucho Miguel, por tu vida, y para que no tengas que volver a verme tan cerca de tí." Y se fué.

AMELIA.- ¿Y no creen Vds. que todo eso es admirable?

FELIX.- Y tan admirable. Miguel mísmo lo debió comprender así, cuando al mirar yo sus ojos fijos en la puerta que se cerró trás ella, noté en ellos la rojez y el brillo de los ojos que lloran. Entonces me dijo señalándose la frente con el dedo: "La razón y la lógica están aquí, pero ésto es lo que manda". (Se pasa el dedo al corazón).

EL CONTABLE.- ¡ Qué interesante!

EL JEFE.- Usted debe saber esa historia y nos la vá a contar.

EL CONTABLE.- Sí, sí, cuente.

FELIX.- Un cuento lo cuenta cualquiera, lo que es difícil es decir la verdad siempre. Las más de las veces porque no se sabe, ni aún tratándose de uno mísmo. (Sacando el reloj) (Levantándose) Las tres y media. Ya es tarde para llegar a tiempo a la oficina. Tendremos que decir adiós con mucha prisa, y con mucha prisa también, dar a Vds. las gracias por este delicioso ratito. A los pies de Vd. Amelia. (Dándola la mano y luego a Mercedes. Los demás hacen lo propio. Yendo hacia la puerta) Gracias que Miguel no os verá llegar tarde.

EL JEFE.- Pero ya pensará que habiendo estado aquí no podíamos llegar a tiempo.

FELIX.- No, no pensará nada. (En la puerta ya, y algo vuelto al público) Está haciendo su reposo y le han prohibido pensar, pero estará esperando, esperando el momento oportuno para triunfar.

AMELIA.- Pero, ¿usted cree que llegará a triunfar?

FELIX.- (Mirándola significativamente) Sí, Amelia y Vd. también. Adiós. (Se van)
(Amelia quédase mirando la puerta por donde ha desaparecido Félix y su última frase, mientras Mercedes coge la taza que ha dejado ésta y la rebaña. Amelia se vuelve y la sorprende en esta operación.)

AMELIA.- Pero ¿qué haces?

MERCEDES.- (Metiéndose la cucharilla en la boca). Pues ya ves, rebañando tus sobras.

AMELIA.- ¡ Qué viciosa eres!

MERCEDES.- ¿Es que tú no sabes que lo mejor del café es ésto que tú has dejado precisamente? Este azucar sin derretir, en el fondo, con este saborcillo de café concentrado. Con la taza de café sucede todo lo contrario que con el amor... aquí los tragos primeros son amargos, pero el fondo de la taza tiene este dulzor de azúcar sin derretir, que tú te dejas. Y es que tú te dejas siempre lo mejor.

AMELIA.- Ya sé por donde vas, pero no puedo defenderme. ¿Qué quieres que yo haga si no me quieres comprender?

MERCEDES.- ¿No he de querer? Lo que ocurre es que veo demasiado el disparate que estás cometiendo y me horroriza pensar que no llegues a ser feliz por ese camino. Tú tan seriecita, tan sensata, tan premeditadora, acabas siempre haciendo tonterías grandes, y aún sintiendo tanta admiración y respeto por esa tu cabeza y ese tu carácter hispano-sajón, -tan admirables pero tan inútiles en algunos casos- preferiría regalarte esta cabecita meridional que poseo yo. (Pausa).
Si pudiese convencerte, al fín, de que esa ilusión tonta que ciega tu corazón ni te conviene, ni es legal, ni es santa.

AMELIA.- Puede que no me convenga, y que no sea santa, pero tampoco es un pecado; y en cuanto a legal, ¿es que la amistad entre hombre y mujer no es legal?

MERCEDES.- Es que eso no es solo una amistad.

AMELIA.- Sí lo es. Lo que ocurre es que no concebís la amistad más que en frío; y siendo un afecto como otro cualquiera, ¿por qué no ha de participar del derecho de la pasión si todos los demás afectos de la vida, por más puros que sean la admiten también?

MERCEDES.- ¿Que todos los afectos admiten la pasión?

AMELIA.- Todos; pasión del espíritu e instinto de la pasión. ¿Te has fijado tú que en la mayor parte de los hogares, las madres se desviven, sirven y quieren más a los hijos, y por el contrario los padres muestran mayor inclinación por las hijas? Pues esto no es una casualidad; es la pasión masculina o femenina del espíritu. ¿Qué paradoja, verdad? Pues tan paradoja, como que el espíritu tiene también su sensualidad. Y ya sabes que alguien dijo, que en toda madre había algo de mujer y en toda mujer algo de madre. Ese es el instinto de la pasión, manifestándose aún en las familias de más puras y morales costumbres. Y estos sentimientos, y estas pasiones, por los hijos, por los hermanos, nacidos y alimentados limpia y blancamente en nuestra subconsciencia, son santas, ¡ como santa puede ser también, la pasión de amistad, aún entre un hombre y una mujer!

MERCEDES.- Todo muy bonito, pero no me convence. Y ¿el peligro? ¿Dónde dejas el peligro?¿Te olvidas que entre santa y santo pared de cal y canto?

AMELIA.- Eso ya es otra cosa. El peligro lo admito, desde luego, pero admíteme que esto nuestro; lo que existe entre Mario y yo, puede ser solo una amistad.

MERCEDES.- No lo puedo admitir, hay algo dentro de mí que me impide esa concesión.

AMELIA.- La fuerza de la costumbre, o mejor aún, la falta de costumbre. La poca práctica de asimilar con tolerancia lo extraordinario...

MERCEDES.- Será eso, pero en el fondo creo que te engañas a tí mísma, Amelia. Con la voluntad pones los ojos en las estrellas mientras tus pies marchan bordeando el fango.

AMELIA.- Y aunque así fuese. ¿No sería ello una pureza más? Bordear el fango sin mancharse en él. ¡ Asegurarse en el equilibrio de la virtud sobre el alambre de la tentación... !

MERCEDES.- (Interrumpiéndola) Cómo te engañas, Amelia, y cómo te olvidas, por dar vida a ese fantasma, hasta de lo más sólido de la lógica, que es el propio sentir. Si tan segura estás de que guardando el equilibrio sobre el alambre de la tentación, aseguras tu virtud, ¿por qué exiges a Mario que no venga nunca a verte sin traer consigo a su mujer?

AMELIA.- Por las malas lenguas.

MERCEDES.- Mentira, a tí nunca te importó la opinión ajena.

AMELIA.- Por mí no, pero por otros tengo la obligación de tomarla en cuenta. Y la mujer de Mario se merece esta consideración.

MERCEDES.- Huuu, ¡ qué lista eres! Pero contéstame a otra pregunta, ¿por qué cuando te sinceraste con Don Miguel, te guardaste muy bien de decirle que habías exigido a Mario la compañía de su mujer en sus visitas a tí?

AMELIA.- No sé, se me escapó ese detalle.

MERCEDES.- Qué raro en tí, que sueles atar siempre todos los cabos.

AMELIA.- (Algo molesta) Hace un rato que te desconozco. ¡Vaya un interrogatorio!

MERCEDES.- ¿No me pediste que te hablase en serio? También las cabecitas locas sabemos razonar a veces.

AMELIA.- Me lo acabas de demostrar, pero yo te ruego que no me vuelvas a hablar de esto. El hacerme ver el peligro, la posibilidad del mal, es ya media tentación, porque nos hace pensar en el pecado, imaginárnoslo, y la imaginación es la madre de todos los pecados de amor. (Con firmeza) Y eso no, Mercedes, yo no puedo ser "una cualquiera", en brazos de un hombre casado. Toda mi libertad de pensar, toda mi lógica de conciencia, toda mi tolerancia, se hunden tratándose de mí, y sólo a mí, a mí, (con énfasis) no sabría perdonar eso que tan estúpidamente llaman la deshonra para la mujer. (Con más calma) Pesan mucho veinte siglos de monótono idéntico pensar y la costumbre es más fuerte que el raciocinio, aún para las más valientes. Pensándolo en frío, me rebelo ante el error egoísta del hombre y el tiempo que ahogan a la mujer dentro de las celdas de una virtud convencional. Y perdonaría a todas, a todas menos a mí. Hay algo dentro de la masa de mi arcilla, que no transige con el propio pecado, que no ~~llega~~ deja siquiera ~~a~~ de juzgarlo como tal, y me avergüenzo de mi ignorancia de las leyes naturales, de mi incultura, de mi estrechez de conciencia, pero no puedo remediarlo, no puedo. Hasta el día en que Don Miguel me

.../...

AMELIA.- señaló el peligro, yo viví con la seguridad absoluta de que no podía suceder nada. Pero él, y tú, siempre que puedes, me lo repetís y me amedrentais, y por fuerza he de pensar "podría ser" ¡ Y qué mal rato grande me haceís...! Aún es tiempo, Mercedes, no me vuelvas a hablar de ello, ni intentes arrastrarme hacia el matrimonio con D. Miguel, porque tendría que decirte de una vez para siempre que nunca, nunca me casaré con él, nunca, aunque terminase mi amistad con Mario.

MERCEDES.- ¿Por qué?

AMELIA.- Porque seguiría queriendo a Mario. Ya ves si es razón de peso.

MERCEDES.- Si pusieras tu voluntad en tomar una determinación, aprenderías a olvidarle.

AMELIA.- No la pondré.

MERCEDES.- (Molesta) Bueno, pues allá tú. Y descuida, que no volveré a hablarte del asunto. Me voy a ir. (Se levanta, coge el sombrero para ponérselo).

AMELIA.- ¿Te has enfadado?

MERCEDES.- (Disimulando) No tonta. (Se pone el sombrero)

AMELIA.- Y, ¿por qué te vas? No te vayas. (Mirándola) Me dá pena quedarme sola. (Lentamente) Mario, ni ha venido ni ha escrito.

MERCEDES.- Puede que venga aún.

AMELIA.- Imposible, no llega tren hasta las once de la noche.

MERCEDES.- Pues no sabes lo que siento no poderme quedar. Me comprometí con Pilar para ayudarla a terminar un traje que estrena esta noche y no puedo faltarle.

AMELIA.- Entonces en cuanto acabes, vuelve.

MERCEDES.- Volveré... Adiós, pequeña. (La besa) Volveré más alegre y te haré reir.

AMELIA.- (Mira a su alrededor y vé el desorden, los ramos de flores sin colocar, tirados sobre las mesas y sillas) Qué desorden, pero no tengo ganas de arreglar nada. (Se levanta y llama) Juana, Juana.

JUANA.- ¿Qué quieres?

AMELIA.- ¿Ha pasado ya el cartero del último reparto?

JUANA.- Hace media hora, pero no dejó nada. (Amelia disgustada se deja caer en el diván. Hay una pausa que rompe Juana) ¿Quieres algo más?

AMELIA. - No, Juana, te puedes ir.

JUANA. - Pues voy a llegarme a casa de la Paca que tiene al chico arrestao. (Pausa) Me llevaré todo ésto. (Recoge el servicio) (Se vá)

AMELIA. - (Pensativa aún) (Con el codo sobre la pierna y la barbilla sobre el puño, habla) ¡ Cuántas felicitaciones y ninguna es la suya! ¡ Cuántas flores y ninguna viene de él! ¿Estará enfermo?... (Otra pausa que dice de su duda, de su tormento) ¿Pero tan malo está que ni escribir ha podido? (Se pasa la mano por los ojos como para borrar una sospecha. Comienza a obscurecer. Se oyen las campanas tocando al Angelus. Amelia se yergue y comienza a rezar, de espaldas a la puerta.) El angel del Señor anunció a María. Y concibió por obra del Espíritu Santo. Dios te salve María, etc. He aquí la esclava del Señor. Hágase en mí según tu palabra. (En ese momento aparece en la puerta Mario, con un ramo de flores, y al encontrarla rezando queda en pié, respetuoso, mirándola cada vez con más arrobamiento. Ella no se dá cuenta de su presencia.) El Verbo se hizo carne. Y habitó entre nosotros. Dios te salve etc. Ave María Purísima...

MARIO. - Sin pecado concebida.

AMELIA. - (Se vuelve sobresaltada. Asombrada, tiernamente y con emoción) Ma... ¡Mario!

MARIO. - (Deja el ramo sobre la mesa. Entrando y cogiéndola ambas manos) ¡ Felicidades Nena!

AMELIA. - Gracias, Mario.

MARIO. - ¿Te has asustado?

AMELIA. - Un poco. ¿Cómo vienes a esta hora?

MARIO. - En el coche.

AMELIA. - Y, ¿cómo has entrado sin llamar?

MARIO. - Entré cuando salía Juana.

AMELIA. - (Dándose cuenta) ¿Y Elisa? ¿Dónde está Elisa?

MARIO. - En el pueblo.

AMELIA. - (Pensativa) Te he dicho que no me gusta que vengas solo, a verme.

MARIO. - Iba a venir conmigo, pero luego me rogó que la dejase porque no se encontraba bien.

AMELIA. - Entonces debiste haberte quedado tú también.

MARIO. - Ya lo sé, pero como no te había escrito, no tuve valor para dejar de verte hoy, ¿He hecho mal?

AMELIA. - Sí. (Venciendo el escrúpulo) Pero, gracias... anda siéntate. ¿Qué me traes?

MARIO. - Ese ramo.

AMELIA. - Ah, pero, ¿me has traído un ramo?

MARIO. - ¿No lo viste cuando entré?

AMELIA. - (Zalamera) Cuando entraste no ví más que a tí. (Se levanta y lo coge) Mira cómo están todas estas flores, sin colocar aún. ¡ Si hubiera sabido que venías tú, hubiera estado todo tan bonito para recibirte.

MARIO. - Anda pues colócalas ahora.

AMELIA. - Ahora ya no, prefiero charlar contigo. (Vuelve a sentarse junto a él) Con lo poco que puedo tenerte a mi lado.

MARIO. - (Sacando la cartera) Mira lo que te he traído. ¿Ves? ¿Te gustan? Me las hice tomar el Domingo. (Deja la cartera sobre una mesita y miran los dos unas fotografías)

AMELIA. - (Sonriendo) ¡ Uy aquí qué mal estás! (Pausa) Aquí sí, aquí estás muy bien. Esta, está algo borrosa.

MARIO. - Todavía tengo que comprarte un regalo, pero has de venir tú a escogerlo.

AMELIA. - Mira, Mario, vulgaridades no. Los obsequios los tiene que escoger el que los hace, que ponga no sólo la materialidad del dinero, sino el gusto, y sobre todo el acierto, la adivinación. (Con ilusión) ¡ Adivinar lo que ha de gustar! Que sea precisamente lo que uno está deseando, que despierte el dulce asombro de pensar, ¿cómo lo has adivinado? ¿eres brujo?

MARIO. - (Con entusiasmo) Pues yo te lo traeré; con la brujería de mi corazón he de adivinar lo que tu quieres. Pero dime, ¿cómo sabes tanto? ¿quién te enseñó esas cosas que dices así, como si no dijeras nada y que encierran tantos mundos de ilusión?

AMELIA. - Pues la ilusión misma. Muchas cosas las sé de los libros, los míos y los de mi madre. ¡ Soy insaciable en la lectura...! ¡ Pero ésto, lo que yo te digo a tí, ésto no me lo ha enseñado nadie, ni soy yo quien te lo dice, te lo leo simplemente en el libro de mi cariño, de mis ilusiones. (Más seria) Este libro cuya primera página abriste tú.

MARIO. - (Mirándola triste) Me quieres mucho, ¡ ¿verdad?!

AMELIA. - ¡ ¡ Mucho, Mario, mucho!!

MARIO. - (Lentamente. Con dolor) Ahora... pero ¡ Sabe Dios quién abrirá las demás páginas de ese libro maravilloso y quién leerá las últimas!

AMELIA. - Si no has de ser tú, quedarán cerradas para siempre.

MARIO. - (Como hablando consigo mismo) ¡ Si pudiera ser...pero no, yo no debo, yo no tengo derecho; es un crimen pretender - atar a mi desgracia tu vida entera. (Reaccionando) Me han dicho que Don Miguel quiere casarse contigo.

AMELIA. - ¿Quién te lo ha dicho?

MARIO. - (Arrepentido) Nadie.

AMELIA. - Nadie, no. ¿Ha sido Mercedes?

MARIO. - (Firme) No.

AMELIA. - No puede haber sido otro. Sólo ella lo sabe.

MARIO. - Pues ha sido el brujo, el presentimiento.

AMELIA. - (Muy seria) Me estás mintiendo y es la primera mentira que me dices. No me mientas, Mario... ¡ nunca! Si se pierde la sinceridad ¿qué va a quedar de este cariño? (Pausa) Dí, ¿qué más te ha dicho Mercedes?

MARIO. - Me hizo prometer que no te dijera nada.

AMELIA. - Hiciste mal en prometer. Un secreto rompe el hilo de un cariño por más fuerte que este sea. Ya es algo que separa los - corazones, y en el alejamiento, lo que cuenta es empezar, - luego no sabe uno hasta qué distancias se llega. (Pausa) ¿Quieres decirme lo que te dijo Mercedes?

MARIO. - (Dudando aún, pero vencido ya) No, si no es nada de particular. Me dijo que tu jefe se quería casar contigo, y que debía ser yo, yo mismo, el que debía persuadirte de que aceptases esa boda; me habló de mi egoísmo, de que no tenía derecho a retenerte no pudiendo ofrecerte legalmente nada, etc. etc. ya puedes suponer todo lo que me diría.

AMELIA. - Y tú, ¿qué contestaste?

MARIO. - Que si se tratase de una mujer en quien pudiese influir alguien, yo me alejaría de tí, pero que siendo tú tan dueña de tus acciones, y tu corazón el que se aferraba a mi pobre vida, nada tenía que hacer ni que decirte, y que eras tú, sólo tú la que debías decidir.

AMELIA. - Muy bien, Mario, y ya está decidido.

MARIO. - Pero luego he pensado que quizás... tuviese razón, y prometí que te hablaría.

AMELIA. - (Enérgicamente) Ya me has hablado, ya no hay nada más que hablar. A Mercedes se lo he dicho, y a Don Miguel - mucho antes que a ella.

MARIO. - Pero él parece que insiste y que espera.

AMELIA. - A mí no me ha vuelto a hablar sobre el particular. ¿Por qué crees que insiste?

MARIO. - Porque Mercedes me ha debido hablar por encargo de alguien. Si no, no me parece a mí que se hubiera atrevido.

AMELIA. - No lo creo. D. Miguel es muy caballero, y Mercedes me quiere mucho y cree que así me hace un favor.

MARIO. - ¿Don Miguel es muy caballero? Le admiras... ya es algo.

AMELIA. - La admiración no tiene nada que ver con el querer.

MARIO. - (Celoso) Pero es un camino... ¿De quién son tantas flores?

AMELIA. - De los compañeros. Aquel ramo es del contable y del jefe del almacén. Aquel ramito de violetas me lo trajo el botones. Mercedes me ha traído esas rosas con esas lilas...

MARIO. - (Interrumpiendo) ¿Y esos claveles? ¿Y esas azucenas?

AMELIA. - Los claveles de Félix, un íntimo amigo de Don Miguel, y las azucenas de él.

MARIO. - (Irónico) ¿Te ha adividanado el gusto?

AMELIA. - (Recriminando tiernamente) Mario, por Dios.

MARIO. - (Arrepentido) Perdona. (Pausa. Mirándolo todo ve que tiene instalado teléfono) ¿Has puesto teléfono? Antes no lo tenías...

AMELIA. - Lo mandó poner Don Miguel cuando cayó malo, para darme instrucciones sobre la correspondencia. Una delicadeza suya.

MARIO. - ¿Delicadeza?

AMELIA. - Si. ¿No has oído hablar de Carmita Velasco?

MARIO. - ¿La cupletista?

AMELIA. - La misma. Ha sido amiga de Don Miguel, y se ha colado tanto la pobre mujer que no sólo está dispuesta a dejarlo todo para casarse con él, sino que ha estado sin moverse de su lado, durante toda su enfermedad. Y Don Miguel que no ha podido de - ninguna manera hacer que se fuera de su casa, no ha querido que entrase yo en ella estando allí Carmita.

MARIO. - (irónico) ¡ Qué prestigio! ¿Qué las dará? (Con la barbilla apoyada sobre la mano y el codo sobre la pierna, calla pensativo)

AMELIA.- (Después de mirarle un rato) ¿Qué te pasa? ¿Por qué estás tan callado? (Tierna) ¿En qué piensas?

MARIO.- (Tristemente) En nada. (Suspira y yergue el cuerpo) Anda arregla esas flores. Está todo esto así, tan desordenado.

AMELIA.- (Descorazonada también) Déjalo, Mario, prefiero estarme aquí, contigo... Y además, Mario... las flores... las flores son para el amor... y aquí no puede haberlo.

MARIO.- No puede haberlo; tienes razón... nunca...¿tu no tendrías valor para aceptar el amor nunca?

AMELIA.- (Dudando primero, pero decisiva despues) No,... mientras tú no seas libre, en el sentido que mi moral exige, no... NUNCA.

MARIO.- ¿Pero tampoco lo aceptarás de nadie, mientras viva yo?

AMELIA.- Mientras viva yo. Tú puedes morirte seguro de que te seguiré queriendo.

MARIO.- (Volviéndose apasionado) ¿Me lo juras?

AMELIA.- (En son de reproche) ¿Hace falta que te lo jure?

MARIO.- (Avergonzado) No, no me lo jures...pero... ¿verdad que no vas a querer a nadie más que a mí, (exaltado) que ningún hombre, ni Don Miguel...

AMELIA.- (Algo asustada) Calla, ¿Merezco yo esos celos?

MARIO.- Pero es que tengo miedo, mucho miedo. (Suena el timbre)

AMELIA.- (Levantándose) Viene alguien. Reponte Mario y sé prudente, por Dios. (Mirándole y pasándole una mano por la frente) Dí, ¿vas a ser más bueno conmigo?

MARIO.- (Cogiéndola la mano y besándosela, como un niño) Sí.

AMELIA.- (Mirándole aún, suspira) ¿Por qué se querrá tanto cuando se quiere? (Está bastante oscuro y Amelia enciende la luz. Entra Don Miguel. Mario se levanta. Don Miguel está más avejentado y camina apoyándose algo en un bastón, pero sigue siendo el mismo hombre elegante, algo menos dominador, pero siempre superior. Se para en la puerta, mira a Amelia, mira a Mario y entra)

DON MIGUEL.- Buenas noches. (Mario inclina la cabeza)

AMELIA.- (Extendiéndole la mano) ¿Cómo está Vd. Don Miguel?

DON MIGUEL.- No tan bien como Vd. Amelia. (Sonriente) ¿Tengo que desearle felicidades, o las tiene ya de sobra?

AMELIA.- Me las tiene que desear y en mucha cantidad. (Correspondiendo)

DON MIGUEL.- Pues deseadas.

AMELIA.- Voy a presentar a Vd. un amigo. Mario Lanuza... Don Miguel Vasiela, jefe mío y gran amigo.

DON MIGUEL.- (Tendiendo la mano a Mario) Encantado de haber encontrado oportunidad para ser presentado a Vd. No sabe las ganas que tenía de conocerle.

MARIO.- Muchas gracias. Yo también he tenido sumo gusto.

AMELIA.- ¿No se sienta Vd., Don Miguel?

DON MIGUEL.- Creo que no. Y si me siento va a ser por muy poco tiempo. Aún me queda alguna cosilla imprescindible que hacer.

AMELIA.- Bueno, pues aunque sea poco tiempo, siéntese. (Se sienta, ella en medio, Don Miguel más cerca de la puerta en una silla o sillón) Dígame ante todo como se encuentra.

DON MIGUEL.- Bien, Amelia, bien. Claro que no tan pollo como antes del invierno, pero por algo pasan los años y se multiplican cuando vienen sin alegrías. ¿Verdad, Sr. Lanuza, que no se es jóven más que cuando se está contento y feliz? ¿Que la juventud es algo independiente de los años?

MARIO.- Puede ser, aunque no se sepa exactamente si se es feliz porque se es jóven, o se es jóven porque se es feliz.

DON MIGUEL.- Entonces peor para mí, je... no saben Vds. lo que siento tenerme que marchar tan pronto. Me hubiera gustado estar aquí un rato charlando.

AMELIA.- Pues quédese. (A Mario le contraría esta invitación)

DON MIGUEL.- No puede ser, Amelia, no puede ser. Pero miren, ¿por qué no me dejan Vds. que les convide esta noche al teatro?

MARIO.- (Rápido) Porque ya tengo yo un palco en el bolsillo.

DON MIGUEL.- Entonces me convida Vd. a mí y así queda todo arreglado.

MARIO.- (Contrariado) Si Amelia no tiene ningún inconveniente...

AMELIA.- ¿Yo? Al contrario, ¡ Encantada!

DON MIGUEL.- Pues entonces hasta la noche. (Levantándose) Vendré a reunirme con Vds. a las diez. (Sacando del bolsillo del chaleco un estuche) Hágame el favor de aceptar este obsequio en honor del día.

AMELIA.- (Lo abre y hace un gesto de alegría y algo de asombro. Mario frunce el ceño) Muy bonito y muy agradecida, Don Miguel... pero me parece demasiado, y no sé si debo aceptar. Es demasiado obsequio para mí.

DON MIGUEL.- Es una pequeñez, Amelia. ¿Cree Vd. que ese brochecito es valor?

MARIO.- (Con impertinencia) Yo creo que sí.

DON MIGUEL.- (Molesto) Falta que ella lo crea también, definitivamente.

AMELIA.- (Disimulando) ¿Es que no lo tiene?

DON MIGUEL.- Nadie mejor que yo, que lo he pagado, lo sabe.

AMELIA.- Vd. tiene un concepto muy amplio del valor del dinero.

DON MIGUEL.- Tanto mejor para mí y para Vd. Ello me excusa y la excusa a Vd. de toda intención torcida, en mí al ofrecer, en Vd. al aceptar.

AMELIA.- (Convencida) Bueno, pues muchísimas gracias.

DON MIGUEL.- (Contento) A Vd. se las debo yo dar.

MARIO.- (No pudiendo contenerse más) Creo, Amelia que haces mal aceptándolo.

DON MIGUEL.- (Sereno) Si ella lo ha decidido ya, ¿quién es Vd. para intenta influir en su decisión?

MARIO.- (Rápido) (Perdiendo el contrôl de sí mismo) Y ¿quién es Vd. para regalar una joya a una mujer honrada?

DON MIGUEL.- (Recalcando) Soy un hombre soltero, dueño de mi voluntad y de mi corazón, para ofrecérselo legalmente a quien quiera.

MARIO.- A quien quiera recibirlo.

AMELIA.- (Interrumpiendo) Permítanme recordarles, a los dos, que es tán en mi casa.

DON MIGUEL.- (Avergonzado, inclina la cabeza) Perdone, y déjeme que me retire. (A Mario) Buenas noches. (A Amelia) A los pies de Vd. Amelia. (Se vá)

MARIO.- (Bilioso) ¿Y te quedas con el alfiler?

AMELIA.- (Con dignidad) Me quedo.

MARIO.- Entonces el que no debe quedarse aquí soy yo.

AMELIA.- No sé por qué.

MARIO.- Porque el hombre que siéndolo todo en el cariño de una muje no cuenta para nada en sus decisiones y en su voluntad, debe empezar a pensar que no es todo en ese cariño, y debe irse.

AMELIA. - Haz lo que quieras, pero yo a mi vez te digo, que el hombre que, porque es todo en un cariño, intenta ser todo también en sus decisiones y su voluntad, hasta en las cosas que no son de justicia, demuestra poseer una sensibilidad y una tolerancia muy primitivas y se hace indigno de todo respeto a sus opiniones.

MARIO. - Pero Amelia, ¿es que el querer tiene lógica, y se puede resolver con filosofías?

AMELIA. - Fuiste tú el que empezó a filosofar.

MARIO. - Yo lo hice en defensa de mi dignidad.

AMELIA. - ¿Es que las mujeres no tenemos derecho a tener dignidad también? ¿Crees que porque no las habeís permitido tenerla hasta ahora, no pueda haber una siquiera, que recabe ese derecho, e intente vivir con ella, y para ella reclame el respeto del mundo?

MARIO. - ¡ Tst! ¿Pero no comprendes que la sumisión de la voluntad es un tributo al cariño y en él entra hasta el sacrificio de la propia dignidad?

AMELIA. - No, no lo comprendo, y aunque lo comprendiese, ¿no debes quererme tú, a mí, tanto como yo a tí? Entonces, tan obligado estás a someter tu voluntad a la mía, y a sacrificar tu dignidad. Y siendo la obligación la misma, solo le queda decidir a la razón.

MARIO. - También puede decidir el cariño.

AMELIA. - Dile al tuyo que decida.

MARIO. - Es que yo soy el hombre.

AMELIA. - Al fín lo has dicho. Tu eres el hombre, y ésta es la única razón. No hay otra, Mario. ¡ Tú eres el hombre! ¡ Pero en mi conciencia y en mis ideales hay algo que vale más que ser el hombre!. ¡ Ser la mujer! ¡ ¡ Y yo soy la mujer!!

MARIO. - Entonces no hay remedio.

AMELIA. - Sí lo hay. Para nuestro caso sí. Hemos razonado bastante y hemos llegado a una conclusión, pero ni los razonamientos ni la conclusión nos sirven para nada. Porque tú... y yo... nos queremos. Y si la justicia divina, y hasta humana no fuesen bastante para igualarnos, dando el mismo valor al hecho de ser hombre que de ser mujer, el cariño nos igualaría. ¡ Tú y yo nos queremos! Y como yo te enseñaré a que respetes este cariño por encima de todas las ideas tradicionales de cruel injusticia para nosotras, nos seguiremos queriendo en nuestra igualdad de seres humanos saturados de la misma humana dignidad. Te rogué que fueses prudente, y cometíste la imprudencia de demostrar que tenías derechos adquiridos para influir en mis decisiones. Y con ello rompiste el gran argumento de nuestra amistad. "No

.../.

AMELIA. - somos más que amigos" le he dicho siempre a Don Miguel. Pero... ¿cómo va a creerlo Don Miguel después de tu actitud de hoy? Y con ello la mayor perjudicada, la única perjudicada soy yo. Niño caprichoso, que vas ciego, sin ver el mal que haces, si tu ceguera es la del cariño, te tengo encima que perdonar ese mal y quererte más. ¡ Bendita inconsciencia la del querer! Y me dices "entonces no hay remedio". Y yo te contesto ¡ Tú y yo nos queremos! ¡ Ese es el único remedio! ¿Te parece pequeño?

MARIO. - Me parece demasiado grande.

AMELIA. - Entonces, ¿qué importa que yo me quede con ese alfiler, si quedándonos con él o devolviéndolo, (recalcándolo) ¡ tú y yo nos queremos! y no hay nada en el mundo que anule ésto?

MARIO. - (Obsesionado) Pero, tú vas a rechazar ese obsequio.

AMELIA. - (Volviendo a la realidad) No.

MARIO. - (Suplicando) Por mí.

AMELIA. - (Firme) No.

MARIO. - (Desesperado) Amelia, tú no me quieres. Es decir si me quieres, pero empiezas a querer a ese hombre. Y pronto yo no seré para tí más que el recuerdo del primer sueño de amor. Entonces me tendré que morir, porque ya no sabré vivir sin tu cariño, y no quiero acabar lentamente en la deseperación de tu olvido, sabiendo que eres de otro, y que en otros brazos realizas la ilusión que yo te inspiré y que pudo haber sido mía también.

AMELIA. - ¡ Mario, calla, por Dios!

MARIO. - (Atrayéndola a sus brazos) No puedo, tengo miedo, mucho miedo. Mírame a los ojos y dime sin mentir, ¿qué pasa en tu alma? Dímelo para que la mía sosiegue un poco de su tormento y de su tortura.

AMELIA. - No pasa nada, no puede pasar nada. ¡ Está tan llena de tí! ¡ Pero suéltame, Mario, ¿qué te ocurre? nunca te he visto así antes, suéltame!

MARIO. - ¡No quiero! ¡ Huyes de mí! ¿Hubieras huído antes si me hubiera acercado a robarte un beso? (cada vez más violento) Y ahora sí, ahora los guardas para otro pero...

AMELIA. - (Débilmente, medio vencida, le rechaza, suplicando con palabras incocherentes, a lo largo de esta escena) No, no, Mario, déjame, no.

MARIO. - (Sin escucharla) ¡ Me juraste tu amor! ¡ Me lo diste! Lo que se dá en el pensamiento y en la voluntad, está dado y se tiene derecho a tomarlo... Amelia, Amelia, luz de mi ceguera y - ceguera de mi luz... (intentando besarla)

AMELIA. - (Defendiéndose) Mario, no, no, por favor, Mario...

MARIO. - (Delirando de celos y de amor) ¿Es que voy a dejar yo, que otro hombre... No... Eres mía... (La besa)

AMELIA. - (Gritando y desprendiéndose de sus brazos y de su beso en un supremo esfuerzo de virtud) ¡ ¡ Mario...NO!! (El se queda en pié tambaleándose como un beodo y se pasa la mano por los - ojos y la frente como queriendo despertar. Ella se ha dejado caer en el sofá después del grito de defensa desgarrador. Balbuciente y sin mirarle...) vete Mario, sal de aquí ahora mismo. Vete.

MARIO. - (Reponiéndose) Me iré, pero así no; echándome como si fuera un canalla. Te quiero, y un arrebato de celos no es bastante para ser calificado así.

AMELIA. - Yo no te he dicho que lo seas, pero vete ahora mismo de aquí.

MARIO. - Mandándomelo así, no.

AMELIA. - (Sin fuerzas ya) Vete , Mario, te lo ruego.

MARIO. - Adiós. (Se vá y retrocede en la puerta) ¿Puedo volver?

AMELIA. - No, mejor es que no vuelvas.

MARIO. - (Suplicando)¿Ni un momento para decirte adiós? (Amelia calla y trás un instante él vuelve a preguntar con voz temblorosa, lentamente recalcando las palabras) ¿Ni un momento, Amelia, para decirte adiós?

AMELIA. - Vuelve a las ocho si quieres, pero sólo para decirme adiós, y de ninguna manera antes de las ocho.

MARIO. - (Humilde) Bueno, No vendré antes de las ocho. (Pausa) Adiós, Amelia.

AMELIA. - (Sordamente) Adiós... (y en cuanto siente que se ha ido...) Se fué... ya se ha ido, y siento miedo quedarme sola y siento miedo de que vuelva. Vana lucha... si estoy vencida... si mi alma y mi sangre van hacia él con la fatalidad del destino que se cumple. (Despreciándose) Fuerte... me creen fuerte, él mismo se lo cree, y mis fuerzas son recurso de flaqueza, y sólo yo sé lo que me ha costado vencer... aparentar vencer... porque no he vencido... Deseo su amor, más de lo que él pueda desear el mío, y prefiero el infierno, la deshonra, porque ya no sé vivir sin el calor de sus brazos. (Llora y solloza) (Levantándose y haciendo un esfuerzo, con gran decisión) Pero no, no puede ser... yo no puedo ser una cualquiera. Tengo que

.../...

AMELIA. - vencer hoy, y tengo que huir, porque no sabré vencer mañana. Ahora mismo. (Se vá hacia el teléfono y marca un número) Oiga... ¿es el 17314?... me hace el favor de decir a la Señorita Mercedes que se ponga al aparato?... Gracias... Mercedes, soy yo, Amelia... Que si puedes venir antes de las ocho... te necesito... Ha venido Mario... No puedo por teléfono... Bueno... no faltes, antes de las ocho... No, no he llorado, es que estoy un poco ronca... sin falta, Mercedes... antes de las ocho... adiós... adiós. (Se vá otra vez al diván. Sordamente) Ya está. ¡ Pero qué cobarde soy ante el amor... (Con desesperación) ¡ El, que lo es todo para mí! ¡ Y no poder darme cuando le he dado el alma con el pensamiento! ¡ Como si ésto no fuera ya un pecado! Amelia, ¿eres tú? ¿La de la tolerancia para todos? Y solo a tí no te sabes perdonar el derecho a vivir, el pecado de no hacer desgraciado a quien con toda el alma te quiere ¡ ¿Y de quién es la ley que no me deja quererle?! (Llora con rabia y dolor, fuertemente. En este momento entra Mario. La vé, la escucha llorar y al fín habla)

MARIO. - Amelia... (ella no se inmuta y sigue llorando) He tenido que volver, perdona. Me había dejado la cartera al sacar las fotografías y no puedo hacer nada sin ella. Pero me voy enseguida. (Ella continúa llorando) Solo quiero que dejes de llorar y que me perdones... si puedes... (Dá un paso hacia ella) si quieres. Yo no soy malo. Mis celos me perdieron, pero tú mejor que nadie sabes cómo te supe respetar siempre. (Se acerca, apoya una rodilla sobre el diván y se inclina algo hacia ella para hablarla) Amelia... Amelia... yo no me puedo ir así, yo no puedo dejarte llorando, cuando sé que soy el motivo de esas lágrimas. ¿No comprendes, Amelia? Piensa que es mucha tortura querer, como yo te quiero a tí, y no ver horizontes de esperanza... ¡ Toda una vida, así, siempre así, atormentados, sin poder realizar una ilusión que es sagrada, porque es del corazón... Hay algo más fuerte, la ley de los hombres... que dicen... que es la de Dios, pero nosotros no debíamos dejar que existiera, mientras nuestra conciencia razonase con la lógica del cariño, con la fuerza innegable y arrolladora de la vida. ¿Puedo yo dejar de quererte a tí? No. ¿Puedo querer a la mujer que me dió ante el altar? No... Entonces la virtud consiste, en aparentar que se quiere a la mujer que nos dió la ley, y que no se quiere a la que se quiere; ¿Y puede ser esto el amor? (Pausa) ¿Que las leyes se hicieron para que el mundo marche mejor? Eso está bien para los malos, para evitar que los malos hagan mal, pero... ¿Y nosotros? ¿Se merecen los malos, y es moral ni cristiano, sacrificar a los buenos, para poner coto a la maldad de los otros, para obligarles a que sean menos malos? (Pausa larga)¿No me contestas, no me quieres oír? (Con desaliento) Está bien. Yo no haré más que lo que tú quieras. Es muy grande el sacrificio, y demasiado tormento el renunciar, pero, sabré... sabré hacerlo, sólo para evitarte la tortura del remordimiento. Y si esto es tu paz, me bastará esto también. Ya no aspiraré más que a comprar tu contento, con mi renunciación. ¡ Pero perdóname, Amelia! Te prometo que no volverá a suceder lo que ha sucedido hoy,... renunciaré a todo... a todo... a la ilusión, a la gran ilusión que llenó mi

MARIO. - vida... (Sordamente y llorando...) a la obsesión... a la gran obsesión de llegar a tener algún día... un hijo... que fuese tuyo también. (Amelia levanta la cabeza al oir esto y su rostro se desfigura como el de una iluminada) ¡ ¡ Pero perdóname Amelia!! ¡ ¡ ¡ Perdóname!!! (Llorando)

AMELIA. - (Volviéndose y cogiéndole las manos) Si no tengo nada que perdonarte, Mario. Si eres tú el que tiene que perdonarme a mí la cobardía de no hacerte feliz del todo. Si comprendo que un amor para ser grande de veras tiene que ser más grande que el remordimiento mismo y abarcar en él todos los amores de la tierra, del alma y del cuerpo... y saber ser hermana, madre, mujer, amante, para el hombre que se quiere. Si estoy vencida y voy a tí como el témpano de hielo hacia los mares cálidos derretido por el rayo de sol. Y me dices que si yo no quiero, ¡ si tú has querido porque quería yo ya...! ¡ si mi alma está borracha de amor, y quiero... quiero... (ofreciéndole los labios) Mario, tus besos y tus brazos... (levantándose delirando) Ahora es cuando voy a colocar las flores, porque ya hay amor para ellas y para nosotros. (Vá como una loca desgajando los ramos y colocándolos por todo el salón. El la mira sin saber lo que sucede, con miedo, espantado de su locura. Ella sigue colocando flores en tiestos y jarrones, como una borracha, nerviosa, delirante. Al fín coge el ramo de azucenas, el último, y ve que no tiene sitio donde colocarlo; mira a su alrededor buscando uno, y por fín lo arroja al suelo y se deja caer en brazos de Mario) Ya está Mario, ya puedes quererme... ya soy tuya... (Se abraza a su cuello pasional y en completa entrega) (Suena la llamada del teléfono. Ella sobresaltada se separa de su cuello, se pasa las manos por los ojos, los abre como si despertara de un sueño. Sigue el teléfono llamando. El, atónito pregunta)

MARIO. - ¿Voy yo?

AMELIA. - No, iré yo. (Vá tambaleándose hasta el aparato y medio borracha aún) ¿Quién?.....Sí...No...¿Quién dice?...¡ Conferencia de... ah si... está aquí... Mario es a tí.

MARIO. - (Sorprendido) ¿Yo?

AMELIA. - Sí. (Mario va al aparato y Amelia se vuelve a dejar caer en el diván otra vez, como una sonámbula.)

MARIO. - (Hablando por teléfono) Sí, Mario, soy yo... ¿Qué pasa?... Pero... ¿cuándo ha sido eso?... ¿Habeís llamado al médico?... ¿Qué dice?... Sí, enseguida voy... Ahora mismo... Enseguida, enseguida. (Cuelga el aparato) Es de casa, Amelia. La nena, se ha puesto muy mala. Aún no ha ido el médico... Me tengo que ir ahora mismo. (Habla muy nervioso, y cogiendo el sombrero y los guantes para irse) Perdona, Amelia que te deje, que te deje así, sin más explicaciones. No tengo más remedio. (Se acerca y la besa las manos) Volveré pronto. Adiós, Amelia, perdóname que me vaya. (yéndose) Adiós.

AMELIA.- (Como idiotizada abre mucho los ojos y con voz ronca y terrible) Fuí yo... fuí yo, la que me eché en sus brazos como una perdida, como una mala mujer... (rompiendo a llorar) Madre, madrecita de mi alma, santa y buena... ¡ Soy una cualquiera! ¡ SOY UNA CUALQUIERA! (Se tira desesperadamente sobre el divãn, sollozando)

TELON.

ACTO III.

La misma decoración que en el acto anterior. Aparece todo revuelto, con una sombrerera y una maleta encima de la mesa, y por el suelo papeles, etc. para demostrar que los habitantes de la casa se van de viaje. Juana malhumorada está terminando de arreglar una maleta.

JUANA. - ¡Cuándo acabará una de arreglar maletas! Ahora que me creía más tranquila, sin soñar siquiera en que algún día tendría que moverme de Madrid, resulta que de golpe y porrazo, ¡pum! nos vamos a Londres. ¡Bendito sea Dios, y la Virgen Santísima! La culpa la tengo yo por sujetarme a caprichos de niñas modernas. ¡Qué distintas las de mis tiempos! Tan de su casa, tan sujetas siempre a la voluntad de sus mayores, tan poco amigas del zarandeo y del tren. Antes se pensaba un viaje dos o tres años, y era una desgracia el tener que hacerlo... Ahora, como si se fuese a dar un paseo, o a la cocina a ver el puchero... "Me voy a Londres... Y no hay más remedio que irse a Londres, aunque reviente Rita. ¡Alabado sea el Señor! Y ni compasión de los huesos de una tienen. Con el reuma que yo padezco, llevarme a Londres. (Está haciendo esfuerzos para cerrar la maleta y no puede. Llevándose las manos a los riñones) Uy, uy, uy, que dolor me ha dado de repente. ¡Alabado sea Dios! A ver si no reviento yo antes de irme. Y lo malo es que me parece que se ma ha roto la cinta del corsé. (Tentándose la cintura)
(Entra Mercedes)

MERCEDES. - Buenos días, Juana. ¿Está Amelia en casa?

JUANA. - A las tres se fué. Pero dá lo mismo. Si lo que Vd. quiere es hablar con ella, no pierda Vd. el tiempo, porque no está para hablar con nadie.

MERCEDES. - Vaya por Dios. (Pausa) Y, ¿no sabe cuando viene?

JUANA. - No sé nada. ¿No le digo que no habla con nadie?

MERCEDES. - Lo que veo es que Vd. tampoco está para conversaciones.

JUANA. - Modernismo que adquiere una. Por lo visto eso de la educación se queda para...

MERCEDES. - No sea Vd. rabiosilla, Juana; ya verá como todo se arregla.

JUANA. - ¡Ay, no me haga Vd. reir. Cuando a Amelia se le mete una cosa en la cabeza, ni los mismísimos bomberos se la apagan.

MERCEDES. - A lo mejor se le apaga sin bomberos.

JUANA. - No hay tiempo. Esta noche nos vamos.

MERCEDES. - Ya lo sé, pero quién sabe si de aquí a esta noche las cosas cambian.

JUANA. - (Esperanzada) ¿Es que Vd. sabe algo? ¿Está enterada de porqué nos vamos?

MERCEDES. - No, no sé nada Juana, pero me lo figuro, y me figuro también que a última hora cambiará de parecer.

JUANA. - (Lloriqueando) Quiá, señorita, quiá; usted no la conoce.¡ Yo que la crié y sé todo lo terca que es! Nos vamos, vaya si nos vamos.

MERCEDES. - ¿Usted no quiere irse?

JUANA. - Ave María Purísima, qué pregunta.¡ Ni atada con cadenas me iba yo!

MERCEDES. - Entonces, ¿por qué no se queda?

JUANA. - Pues porque me voy. Porque Amelia es una niña caprichosa que se empeña en que me vaya; porque es una ingratona, que ha perdido el corazón, todo el que le dimos su madre y yo; - porque "cría cuervos y te sacarán los ojos"; porque no quieren más que su capricho y los pobres viejos que nos hemos pasado la vida sacrificados por ellos que revienten; porque está loca de remate. ¡ Bendito sea Dios, y alabado, y a lo que se llega, Señor! (Lloriqueando)

MERCEDES. - Tiene Vd. mucha razón. Ya lo dije yo siempre. Amelia tiene talento pero le falta cordura. (Se oye el timbre)

JUANA. - (Saliendo a abrir) Ya me ha dejado Vd. la puerta cerrada.

MERCEDES. - Ah, yo no sabía... (Pausa)

DON MIGUEL. - (Entrando) ¿Cómo está Vd. Merceditas?

MERCEDES. - Pues bien. Ya ve, esperando a Amelia.

DON MIGUEL. - ¿Amelia no está en casa?

MERCEDES. - Salió a las tres, y por lo visto de muy mal humor.

DON MIGUEL. - Se comprende,! pobrecilla¡

MERCEDES. - ¿Porbrecilla? ¿Por qué?

DON MIGUEL. - Porque lleva en el corazón una tragedia incurable. La de no querer ella misma curarse.

MERCEDES. - (Optimísta y sonriendo) Ya la sanará V. Don Miguel. Presiento cerca el triunfo.

DON MIGUEL. - Y yo más lejos que nunca. Jamás se está más lejos de la victoria que cuando a un ser fuerte, se le tiene derrotado. Derrotado, sí, pero no vencido.

MERCEDES. - ¿Usted cree que Amelia está solo derrotada?

DON MIGUEL. - Sí; derrotas de la vida que nos cogen desprevenidos y nos lanzan al arroyo, al abismo, maltrechos y heridos, ensangrentados y hasta manchados de barro, pero dentro, en lo más recóndito, el alma no está vencida y espera agazapada, dispuesta a levantarse otra vez, para empezar de nuevo, el nuevo momento; como si el espíritu fuerte tuviese una especie de resorte de oro que le hiciera rebrincar desde el abismo a la cumbre. Sólo - derrotada, pero vencida no. A Amelia no hay quien la venza. Está hecha de sol, de luz, y las sombras no son nunca una victoria; solo ausencia de claridad, de claridad que vuelve cuando vuelve el día.

MERCEDES. - ¡ Pero a Vd. tampoco se le puede vencer!

DON MIGUEL. - Por lo menos, aún no me han vencido.

MERCEDES. - ¿Entonces... ?

DON MIGUEL. - Entonces... ¡ Dios dirá! Uno de los dos tendrá que dejar de ser el más fuerte, o caer los dos a la vez.

MERCEDES. - ¿Ha venido Vd. a hablar con ella o sólo a despedirse?

DON MIGUEL. - No sé a lo que he venido, Mercedes; ni sé lo que voy a decir; pero desde luego, a despedirme, no.

MERCEDES. - No le comprendo.

DON MIGUEL. - Ya me comprenderá. Hay tantas cosas que no se comprenden en el momento, que no se llegan a comprender nunca... y que sin embargo son tan sencillas. Pero solo vemos lo sencillas que son, lo razonables, lo naturales, cuando repercuten dentro de nuestro propio corazón, con un latido de amor invencible, de necesidad de vivir ese latido para no morir.

MERCEDES. - ¡ Qué pesimista está Vd. hoy, Don Miguel!

DON MIGUEL. - ¡ Si no fuera más que pesimismo! Pero es desaliento.

MERCEDES. - Y, ¿no es lo mismo?

DON MIGUEL. - No. Dentro de la visión más negra de las cosas cabe aún una fuerza para combatirlas, dentro del desaliento, esa fuerza - desaparece, o por lo menos se debilita hasta hacerse nula.

MERCEDES. - Le desconozco, Don Miguel. No me parece Vd. el mismo.

DON MIGUEL. - (Con pena) ¡ Y sin embargo lo soy!

MERCEDES. - (Decidida) ¿Por qué no renuncia Vd. ? Tiene Vd. todas las condiciones para ser feliz, y es lástima que el capricho de una mujer le estropee la vida. Sin ir más lejos, Carmita... Le quiere a Vd. como pocas mujeres supieron querer a un hombre. Usted sabe que desde hace algún tiempo está llevando una vida modelo.

DON MIGUEL. - No me bastan, ni su amor, Mercedes, ni su arrepentimiento. Yo no puedo ceder, no sé. Y de caer vencido prefiero caer de cara al sol, a campo abierto, bajo el azote de todos los elementos y todas las torturas, pero al aire libre. Sería terrible que yo cayera vencido en brazos de Carmita, que escondiera mi derrota en ese refugio, que de refugio no tiene más que la techumbre. Y la techumbre es, precisamente lo que nos impide mirar a las estrellas.

MERCEDES. - En último caso podría Vd. buscar el amor en otra mujer. ¡ Hay tantas que le querrían!

DON MIGUEL. - Pero yo a ninguna; y ya no, ya es tarde. Cuando se ha acariciado una ilusión, no con pasión sino con veneración, con respeto de santuario, con misticismo de religión; cuando se ha colocado esta ilusión tan alta, tan alta, que perdió de vista la tierra y se alimentó solo de visiones de cielo y de aires de cumbre, cuando se arropó con espíritu acrisolado en una fuga fanática de la materia, sólo esa ilusión puede bastar ya, y al romperse se rompe con ella el ansia de vivir, el corazón mismo, la fuerza capaz de resucitarla.

MERCEDES. - ¿Ha probado Vd.ª hacer el esfuerzo?

DON MIGUEL. - No quiero, y esta es la tragedia mía también.

MERCEDES. - ¿Entonces?

DON MIGUEL. - Entonces, Dios dirá... uno de los dos tiene que caer vencido o caeremos los dos.

JUANA. - (Entrando) Bueno, las cinco y media y Amelia sin venir. ¿Dónde se habrá metido?

DON MIGUEL. - ¿Usted no sabe a dónde ha ido?

JUANA. - ¡ Vaya! Otra vez la preguntita. ¿No le dije antes que no lo sabía'

DON MIGUEL. - A mí, no.

JUANA. - Pues lo menos media docena de veces lo he dicho ya. ¡ Qué raro que ninguna haya sido para Vd. !

DON MIGUEL. - Pues no ha sido, Juana. ¿Usted sabe a qué hora se van ustedes?

JUANA. - En un tren que sale a las ocho y media.

DON MIGUEL. - ¿Y a dónde va ese tren?

JUANA. - A Vigo; y no pregunte más porque se cansó el testigo. (Se pone a cerrar la maleta)

DON MIGUEL. - Tengo bastante, Juana, gracias. (A Mercedes) Me voy, Mercedes, dentro de muy pronto volveré a ver si ha venido ya. ¿Usted se queda?

MERCEDES. - Sí, yo ya no tengo nada que hacer por ahí.

DON MIGUEL. - Pues hasta luego.

MERCEDES. - Adiós. (Viendo que Juana está haciendo esfuerzos inauditos para cerrar la maleta) ¿La ayudo a Vd.?

JUANA. - Si quisiera hacerme ese favor, porque estoy viendo que yo sola no puedo. (La ayuda) Usted, apriete por ahí, y yo tiro, con esta mano; un poco más.

MERCEDES. - No, espere, que se me ha soltado. Ahora... tire...tire... un poco más... cierre el broche. Ya está.

JUANA. - Ajajá. Bueno, muchas gracias, ya no queda más. (Pone la maleta a un lado y encima la sobrerera. Recoge los papeles del suelo) ¿Usted va a tener cuidado de lo que quede aquí?

MERCEDES. - Sí, me lo ha encargado Amelia.

JUANA. - Pues no me descuide Vd., por Dios, esa cómoda de caoba, que tengo en mi alcoba. De vez en cuando habrá que cepillarla para quitarle el polvo al labrado de la madera.

MERCEDES. - Descuide Vd. que se la cuidaré bien. Ya verá que maja se la encuentra cuando vuelva.

JUANA. - ¡ Hija de mi alma! ¡ Cuándo volveré yo! Quién sabe si ya no volveré con lo vieja y achacosa que estoy. (Llorando) Esto es matarme, esto es matarme.

AMELIA. - (Entrando) ¡ Ay, qué cansada estoy! (Fijándose en Juana) Pero, ¿por qué lloras, Juana?

JUANA. - (Enjugándose las lágrimas y tratando de ocultarlas) Por nada... por nada.

AMELIA. - (La mira, suspira y cierra los ojos un instante con un gesto de dolor) (Se quita el sombrero) ¡ Hola Mercedes, ¿has esperado mucho?

MERCEDES. - Un buen rato, Don Miguel también estuvo aquí. Dijo que volvería.

AMELIA. - (Sentándose en el sillón de la izquierda) Siéntate que yo estoy muy cansada. Y tú, Juana, ven aquí. (Juana se acerca) Vas a decirme ahora mismo porqué lloras. (Juana calla) ¿No me quieres contestar? (Calla) ¿Es porque te saco de Madrid? (Pausa y silencio) Soy muy egoísta, ¿verdad? Tienes razón, Juana, pero yo que siempre creo que se siente como siento yo, creía que para tí sería más dolor, el dejarte aquí, sin mí, que el llevarte conmigo. ¿Oyes? Conmigo. Veo que para tí es un sacrificio y yo no debo sacrificarte. Te puedes quedar, si para tí vale más Madrid, su ambiente, su vida que yo. También Juana tiene algo en el mundo que quiere más que a Amelia...

JUANA. - (Protesta llorando) No, si yo no he dicho que no quería irme. Si es que una no puede dejar de sentir el abandonar su rincón, su tierra.

AMELIA. - Pero piensas que te hago mal, que te sacrifico a mi capricho, o a las necesidades de mi vida, -es igual- yo no puedo decirte, Juana, porqué me voy, no me entenderías, pero ahora te digo que me voy porque no tengo más remedio. Sabía que para tí sería un trastorno el sacarte de esta vida, pero pensé que sería más que trastorno el dejarte sin mí en tu vejez, y escogí de dos males el menor, el que yo creía que sería menor. No es así y lamento no haberlo visto antes. Has extremado tanto tu protesta, tus quejas, que prefiero dejarte. Mercedes te buscará un sitio donde vivir, donde estés bien, y yo todos los meses pagaré tu pensión con lo que gane trabajando. (Juana llora más ruidosamente) Para tí ya no hay problema. No quieres dejar Madrid, pues te quedas. Y no llores más, si era por eso por lo que llorabas.

JUANA. - (Con llanto entrecortado) No... no... no era por eso... y... si no ya ves como ahora lloro más. Yo no te dejo, yo quiero irme.. si a mí me gusta mucho Londres... Y además estoy muy fuerte. Yo me voy contigo, Amelia, mi niña, yo me voy contigo. (Llora más ruidosamente y arrodillándose se echa en sus brazos)

MERCEDES. - Claro, Juana, vete, si te conviene aprender el inglés.

AMELIA. - (Conmovida) Bueno, bueno, no hagamos escenas. Lo piensas y ves lo que te conviene. Aún faltan dos horas para irnos. Si quieres venir te vienes, no llores; no te pongas así...

JUANA. - Me voy, me voy, yo no te dejo sola.

AMELIA. - Está bien, serénate. No me dejes sola, (la coge de los hombros, la mira a la cara.) Juana, no me dejes sola. Sé buena conmigo hasta el final. Tú que fuiste mi sostén en el principio de mi vida... ¡ Si ahora me valgo menos que entonces, si ahora te necesito más que cuando era una criaturita de tres meses. (Conmovida) Vete, vete, porque me vas a hacer llorar a mí también y necesito ser fuerte.

JUANA. - Pero me llevas.

AMELIA. - Ya te he dicho que si tú quieres, sí. Anda, vé a arreglarte.

JUANA. - (Yéndose hacia la puerta de la derecha) ¿Me arreglo ya para irnos?

AMELIA Y MERCEDES. - Síií. (Juana se vá)

JUANA. - (Volviendo) ¿Me pongo el sombrero como cuando estaba en Londres?

AMELIA. - Síií. (Se vá definitivamente)

MERCEDES. - Pobre mujer. Te quiere mucho, pero le duele dejar Madrid.

AMELIA. - Ya lo sé. También me duele a mí y sin embargo lo dejo.

MERCEDES. - Lo dejas porque quieres. No veo motivo tan grande para que te vayas.

AMELIA. - Tú no has visto nunca todo lo que de necesario hay en mi corazón, Mercedes. Conservo tu amistad, porque en el fondo me quieres, pero no me comprendes, y por eso es más grande tu cariño. ¡ Es tan difícil querer sin comprender!

MERCEDES. - Empuja, hija, empuja. Tú todo lo complicas. No veo yo que sea tan difícil eso. Si no te comprendo es porque eres superior a mí, y precisamente por eso te admiro y te quiero.

AMELIA. - ¡ Cariño de humildad que es el más grande!

MERCEDES. - ¡ Nada de eso! Se quiere porque se quiere. ¡ Pues si fuera uno a buscar una razón de ser a todos los cariños, ¡ qué alejados viviríamos los unos de los otros, y qué poco se querría la humanidad! (Con rabia) ¿Es que existe una razón para que tú quieras a Mario como le quieres? ¿Por qué le quieres entonces?

AMELIA. - (Molesta) Calla, Mercedes, no me hables de Mario, te lo ruego.

MERCEDES. - Pues de Mario, precisamente, quiero hablar. No se merece ese hombre que tú trastornes tu vida de esa manera. Quédate, ~~Mercedes,~~ Amelia, no te vayas.

AMELIA. - (Desengañada) ¿Qué interés tienes tú en que yo me quede? No me hables ya de nada y deja que el destino se cumpla.

MERCEDES. - ¿Interés? Primero el mío, el tenerte cerca de mí; luego el tuyo, el que sigas aquí tan bien acomodada, ganando un buen sueldo, resuelto el problema material de tu vida.

AMELIA. - Por encima de los problemas materiales están otros probelmas, y ésos son los que tengo que resolver ahora.

MERCEDES. - Pues resuélvelos sin moverte de aquí.

AMELIA.- No puedo. Me voy, y óyelo de una vez para siempre, porque necesito, por mi propia dignidad, por mi propia estimación, por la memoria de mi madre, por la limpieza de mi nombre, por Mario mismo, necesito, digo, seguir siendo una mujer honrada. Y aquí, en Madrid, dejaría de serlo.

MERCEDES.- No veo por qué dejarías de serlo. Podías romper definitivamente con él; prohibirle volver a tu casa, no recibirle cuando estuvieses sola.

AMELIA.- Si no es cuestión ya de romper o no romper, de verle solo o acompañado, es que ya he perdido la fé en mi poder de resistencia, es que ya no creo en mi voluntad, es que ya sé por experiencia que hay algo más fuerte que ella... ¡ Es que me lo habeís estropeado todo!

MERCEDES.- ¿Yo?

AMELIA.- Sí. Tú y Don Miguel. Yo vivía ciegamente cierta de que Mario y yo éramos dos seres unidos por un algo extraordinario, un algo sin nombre. Que esa fuerza de idealismo que nos unía, no se rompería nunca, y todo seguiría siendo como un sueño blanco y azul, transparente y limpio. ¡ Yo te juro, Mercedes, que lo creía! Y era feliz, sin sospechar siquiera que el mal podía venir. Por eso no venía, porque es el conocimiento del mismo mal, la curiosidad por gustarlo, lo que nos empuja a caer. Pero fuísteis vosotros los que sembrasteis este conocimiento, los que entibiásteis mi fé. Día maldito aquél en que Don Miguel me habló de su querer y me hizo hablar del mío. Señor, ¿por qué hablaría yo?

MERCEDES.- Porque hay situaciones que se hacen insostenibles, y la tuya era una. Tú misma estabas asombrada de que lo que sucedía pudiese suceder. Y quisiste ver, si otros creían posible un vivir así. Por eso hablaste.

AMELIA.- No, te equivocas, hablé porque yo quería mucho a Don Miguel y me hizo falta darle una explicación concreta, un "por qué" no quería o no podía casarme con él.

MERCEDES.- (Algo enfadada) Pero, en serio, Amelia, ¿tú creíste que todo aquel amor amistoso era algo normal, legal, sancionado por la buena moral?

AMELIA.- (Con energía) ¿Normal? Sí en lo normal puede entrar lo extraordinario, sí. Si sólo cabe lo corriente, lo instintivo, lo que sirve al convencionalismo y a la buena marcha del mundo y de la especie, no. ¿Legal? Si es el sentimiento, el sentir especial de cada uno, en cada caso concreto, lo que ha de determinar la legalidad, según su conciencia, sí. Si la legalidad es una investidura de una conciencia popular condensada en unas leyes de aplicación general -cuando cada hombre es un caso especial,- no. ¿Sancionado por la buena moral? No puedo contestar a eso porque no sé ciertamente qué es eso de la buena moral. Si es lo que tú dices, lo que tú piensas, ya sabes que no estaba nuestro caso sancionado por la buena moral, pero si es por el con-

AMELIA. - trario el eco de cada conciencia en su reproche a lo que a ella la hiere y la degrada, si es la expresión pura de su sentir, sobrepuesta y vencedora de la conciencia de la masa, de la tradición, del atavísmo, de la sombra histórica, distinta en cada caso, sirviendo fielmente no a la conveniencia práctica, sino a la esencia misma del bien y de la verdad; si es digo, lo que de bueno o de malo vemos en nosotros mismos, con amor al bien y no a nosotros, entonces, en aquella época, nuestra amistad estaba sancionada por la buena moral, porque la aprobaba por entero, el juez que llevamos dentro... Ahora no, ahora la conciencia la rechaza, y por eso me voy, por eso tengo que renunciar a ella.

MERCEDES. - Pero tú al contemplar casos semejantes al tuyo, ¿no pensaste nunca que se estaba cometiendo una transgresión a las leyes de moral establecidas?

AMELIA. - (Con fuego) Si yo no he visto nunca casos semejantes al mío. Si nadie puede verlos, porque en el corazón de los demás no se consigue leer claro nunca. Se podrá llegar a la contemplación de las apariencias, y tomar una conclusión, con un juicio basado sólo en lo incierto, en la sospecha. Pero el fondo, la esencia de una acción, de un estado de ánimo, la fuerza que lo mueve, el efecto que produce en la moral y en la física, con otros mil detalles más, que son puramente personales, y por lo tanto distintos, -ya que cada individuo es en su esencia, en su mecánica interior, en sus reacciones ante los mismos estímulos, diferente de los demás... - eso no lo vé nadie ni lo comprende nadie, ni lo puede juzgar nadie, ni nadie tiene facultades para establecer una semejanza y medir los hechos con una medida general, que no llega en ningún momento a abarcar la multiplicidad y el desdoblamiento de la naturaleza humana en sus relaciones de materia y espíritu.

MERCEDES. - Bueno, mira, aquí lo malo es que tú sabes demasiado y te desenvuelves a placer conmigo. Pero yo te digo que cuando todo el mundo piensa como yo, por algo será.

AMELIA. - (Con lástima) Claro que es por algo, Mercedes, pero es simplemente porque nadie sabe prescindir de dar una opinión, de juzgar. A la humanidad le falta la virtud del respeto porque le sobra el pecado de la soberbia.

MERCEDES. - No me convences, no me convences. Está muy bien todo lo que dices, pero en la vida no es así, vamos, que no puede ser eso.

AMELIA. - (Con pena) Y yo no tengo la culpa de que no sea así. Pero en cambio tengo derecho a que las cosas que a mí me atañen íntimamente sean como yo quiero, como yo necesito que sean para ser feliz, dentro del patrón "bien" que mi concepto del bien cortó. Déjalo, Mercedes, para qué hablar más. (Levantándose y desalentada) Dentro de unas horas yo estaré con rumbo a otro país. No sé lo que allí me aguarda, pero habré cumplido con mi deber, y basta.

MERCEDES. - Me dá rabia que seas tan severa para tí misma. Al fín y al cabo no sucedió nada hasta ahora.

AMELIA. - No sucedió porque una providencia o una casualidad, lo alejó de mí lado aquella noche. ¡ Estaba tan vencida! ¡ Se acumularon tantas circunstancias en contra mía!

MERCEDES. - Calla, me indignas.

AMELIA. - Callaré; no te enfades. No vale la pena. Bien mirado nada vale la pena.

MERCEDES. - (Más serena) Es que tienes unas ideas y unas teorías, que así de pronto parecen absurdas. Y el caso es que no lo son, que luego pensadas con serenidad, tiene uno que darte la razón.

AMELIA. - (Sonriendo) Me dás la razón; aceptas esas ideas, pero no las adquieres. Y ese es el mal, porque todo el mundo sigue creyendo en ideas superiores, pero no las asimila viviendo en consonancia con ellas.

MERCEDES. - Es que sería terrible si se adoptasen. ¿Tú sabes qué voltereta habría que dar a la humanidad?

AMELIA. - Voltereta ninguna. No habría más que cambiar de posición para estar más a gusto. Y en todo caso, más vale dar una voltereta que vivir contínuamente en una actitud contorsionada. Ya nos empiezan a doler los huesos de estar en esa posición absurda de esqueleto descentrado y músculo en tensión, posición de etiqueta, de visita, de hipocresía.

MERCEDES. - ¿Y a tí qué te importa todo eso? ¿No dices que nada vale la pena? Pues déjalo y vive.

AMELIA. - (Con desesperación) "Vive, vive"... si eso es lo que no puedo. ¡ Si no puedo vivir!...

MERCEDES. - Inténtalo.

AMELIA. - (Con desaliento) Ya no es posible.

MERCEDES. - (Con coraje) Pisa fuerte y dále un puntapié a todo.

AMELIA. - No hay fuerzas para darlo.

MERCEDES. - (Enérgica aún) Pues entonces espera. Concédete tiempo para reponerlas.

AMELIA. - (Asustada) ¿Y si en vez de reponerlas se me acaban del todo?

MERCEDES. - (Decidida) Pesimísmos, no, Amelia. Tú no debes huír en esta crisis, con esta anemia. Ten fé. Aún puede haber auroras nuevas. (Pausa) Don Miguel... ¿te olvidas de Don Miguel?

AMELIA. - (Sonriendo con ironía y pena) Don Miguel... ¡ pobre Don Miguel! (Pausa) ¿Quieres que no sigamos hablando de ésto? (Mercedes molesta no respone. Amelia mirando el reló) ¡ Qué tarde! ¡ Juana! (Se levanta).

JUANA. - (Desde dentro) Enseguida voy. (Pausa)

AMELIA. - Tst. ¡ Qué cansada, Mercedes! Y aún tengo que salir a recoger unos encargos. ¡ Estoy deshecha! (Se deja caer otra vez sobre el sillón que está a la derecha)

JUANA. - (Saliendo vestida con un traje sastre estrafalario y abrochándose aún la chaqueta) Me estaba acabando de vestir. ¿Estoy bien?

AMELIA. - (Sonriendo, a pesar suyo) Como siempre. ¿Está todo listo?

JUANA. - Todo. No falta más que bajarlo. Los baules se los llevó el mozo al mediodía.

AMELIA. - Pues a las ocho en punto, en punto, vas a buscar un taxi.

JUANA. - Bueno... ¿no es un poco tarde?

AMELIA. - No. (La mira) Ven aquí, Juana. (Cogiéndola de una mano) ¿Estás más contenta?

JUANA. - Sí.

AMELIA. - ¿Has comprendido ya que me hacía mucha falta que me acompañases?

JUANA. - (Iniciando otra vez los pucheros)¡Pero si yo, Amelia, nunca pensé en dejarte ir sola!

AMELIA. - Bueno, no te apures. ¡ Pobre Juana! ¿Crees que tu desgracia es grande y esas no son desgracias. ¿Tú no has querido nunca mucho a nadie?

JUANA. - A tí.

AMELIA. - No, más que a mí, mucho más que a mí.

JUANA. - (Abriendo los ojos) ¿Más que a tí? ¡ Imposible! ¡ Si te he querido como a una hija, como a la que se me murió!

AMELIA. - (Lentamente, como una meditación) Como a una hija. ¿Es eso lo que más se quiere en el mundo, Juana?

JUANA. - ¡ Ya lo creo! Y con mucha diferencia de todo lo demás. Dicen que es la única razón de la vida.

MERCEDES. - Y del amor.

AMELIA. - (Más lentamente y con un tono más acentuado de meditación) ¡ Es posible! ¡ No sé... (suena el timbre) Anda a abrir Juana. (Pausa larga)

MERCEDES. - Será Don Miguel.

AMELIA. - Pues poco va a hablar conmigo; tengo que salir, así es que...

DON MIGUEL. - ¿Puedo pasar?

AMELIA.- Usted siempre, Don Miguel.

DON MIGUEL.- Gracias. Vine antes, no estaba Vd. y vuelvo.

AMELIA.- Cuánto lo siento, ahora mismo le estaba diciendo a Mercedes que tenía que salir para recoger unos encargos.

MERCEDES.- No, por eso no, si quieres puedo ir yo a por ellos. ¿En dónde es?

AMELIA.- Un sombrero de paja, en donde siempre, y en casa de mi modista un abrigo de entretiempo. Está todo pagado.

MERCEDES.- Si se me hace tarde iré directamente a la estación.

AMELIA.- Bueno...

MERCEDES.- Hasta luego, pues. (Se vá)

AMELIA.- (Volviéndose a Don Miguel) Venía Vd. a...

DON MIGUEL.- (Interrumpiéndola) No, a despedirme, no, adivino lo que iba a preguntar... a hablar con Vd. a enterarme de lo que puedo hacer yo, ante esta huída suya.

AMELIA.- ¿Huída?

DON MIGUEL.- Sí, huída. Usted huye. No necesito preguntarla de qué ni de quién. Lo sé. Me gustaría únicamente averiguar, qué es lo que piensa Vd. hacer allá, cuando hayan transcurrido tres meses... seis... un año... dos... ¡ no importa el plazo!

AMELIA.- No lo he pensado. Comprenderá que no estoy para pensar nada. Trabajar... ganarme la vida.

DON MIGUEL.- ¿Esperar indefinidamente?

AMELIA.- No, esperar no, es demasiado martirio. Acabar, acabar sin esperanza.

DON MIGUEL.- (Acercándose) ¿Y sin dársela a nadie, Amelia?

AMELIA.- (Pensándolo un momento) No puedo, Don Miguel. Sería engañarle.

DON MIGUEL.- (Reponiéndose y decidido) Está bien. Pero entonces, me dejará que le acompañe.

AMELIA.- (Asombrada) ¿Usted? ¿A mí? ¿Por qué?

DON MIGUEL.- Porque quiero yo. Usted no está atada por ningún compromiso. Me lo acaba Vd. de dar a enteder. "Acabar sin esperanza" ¿Sabe Mario que se vá? (Amelia no contesta) Aunque la pregunta ha sido impertinente, responda.

AMELIA. - (Enérgica) No hay nada que responder. Desearía no hablar más de eso, de Mario. (Pausa. Ella algo arrepentida de su respuesta) No lo tome Vd. a ofensa, Don Miguel. (Con amargura) Desde el día de mi santo, hace dos semanas, no sé nada de ese hombre.

DON MIGUEL. - Ya me lo ha dicho Mercedes. ¡ Qué extraño! Pero no me asombra. Hay hombres que se acobardan en el momento supremo. Y ese momento tenía que llegar. Para Vd. ha sido demasiado fatal.

AMELIA. - ¡ Quién sabe lo que ese momento significó para mí! Lo que quiero es que sea el principio del silencio, del olvido.

DON MIGUEL. - ¿Sin una explicación? ¿Sin pedirla un perdón? Me ha dicho Mercedes que Vd. cree, que somos nosotros culpables, y me gustaría intentar siquiera el justificarme.

AMELIA. - (Decidida) Sin nada, Don Miguel. Lo que más me agradaría es que no me dijese Vd. nada ya. Mercedes habla demasiado. Y yo quiero que callemos todos. Callemos, se lo ruego. (Pausa) Y le ruego también que no me acompañe. No desbarate Vd. su vida, como yo he desbaratado la mía.

DON MIGUEL. - Mi vida, Amelia, no puede estar más desbaratada. Y no puedo complacerla. (Firme) Me permitirá Vd. que la acompañe.

AMELIA. - (Muy nerviosa) No, no se lo permito, Don Miguel.

DON MIGUEL. - ¿Por qué?

AMELIA. Porque yo no podré pagar nunca sus atenciones, del modo que Vd. necesita que se las pague. Yo no puedo consentir que Vd. sacrifique su vida, corriendo tras una esperanza que no llegará a alcanzar.

DON MIGUEL. - Nadie ha pedido un pago ni ha hablado de esperanzas. (Se acerca a Amelia) Sin esperar nada, sin pedir nada, ¿me permite, Amelia, que vaya con Vd. ?

AMELIA. - (Pausa y enérgica) No. Definitivamente no.

DON MIGUEL. - Pues me iré sin su permiso. (Señalándose el bolsillo) Aquí tengo el billete, Amelia. El tren que la lleva a Vd. me puede llevar a mí. Nadie me lo puede prohibir. Con Amelia no, pero a donde vá Amelia, sí.

AMELIA. - (Súbitamente) Me hará Vd. un mal, Don Miguel. Su venida conmigo me podría comprometer; podría ser causa de mi infelicidad. ¡ Sería perder a Mario para siempre!

DON MIGUEL. - (Incomodado y nervioso) No mienta Vd., Amelia. Usted no ha mentido nunca; ¿por qué miente ahora? Hace un momento me decía que no quería hablar de Mario. ¿Por qué habla Vd.? Y yo le digo que aunque la comprometiera, aunque por acompañarla rompiese su felicidad, la acompañaría. Quiero romper su felicidad.

AMELIA. - Sería una infamia.

DON MIGUEL. - Deje Vd. que sea infame. ¡ Si ya no necesito ser bueno para nadie! Usted es fuerte, usted es inquebrantable, pero yo me siento romper. Usted es una fortaleza, y yo me siento ya ruína... Y quiero ir con Vd. porque quiero seguir siendo fuerte, porque no puedo vivir vencido, porque necesito creerme una fortaleza también.

AMELIA. - (Con pena, con desaliento, sacando fuerzas de su flaqueza) ¡ Vano empeño! Ni Vd. ni yo, lo somos ya. ¡ Fortalezas inexpugnables, podremos pretender demostrar que no hay huracán que nos abata ni golpe de cañón que nos derrumbe, pero el tiempo, y la gota de agua y la metralla contínua nos van pulverizando, y cuando queremos darnos cuenta, cuando nos hace falta nuestra fuerza y la buscamos, apenas podemos sostenernos sobre nuestros esqueletos de piedra. ¡ Fortalezas inexpugnables, Don Miguel, Amelia, estamos las dos vencidas. No me acompañe Vd. Don Miguel. Sólo quiero dar el salto para caer. ¡ me estoy tambaleando! Si por eso me voy... si por eso me voy, porque no quiero caer aquí.

DON MIGUEL. - Entonces nos apoyaremos el uno contra el otro para sostenernos, y dejaremos que la yedra, se agarre a nuestros huesos y nos una y nos fortalezca. Y no nos deje ya mover. Nos sostendrán las dos fuerzas de nuestra caída, la inercia y la planta parásita. ¿Quiere Vd. Amelia?

AMELIA. - (Conmovida) No, Don Miguel, no; no quiero.

CON MIGUEL. - Pero ¿por qué?

AMELIA. - Eso digo yo. (Con dolor) ¿Por qué se empeña Vd. en seguirme?

DON MIGUEL. - (Rehaciéndose) Porque vá Vd. sola. ¡ Sola de cuerpo y sola de espíritu! Lleva Vd. oscuridad en torno suyo, oscuridad que no la dejará ver... dolor, inconsciencia de dolor, que es la peor inconsciencia. Usted cree que una vez que llegue a Londres, todo habrá terminado, todo estará remediado, todo salvado. Se equivoca Vd. Es su primera experiencia y no sabe aún que hay una cosa de la cual no se puede huír. ¡ Nuestro propio corazón; nuestros recuerdos, nuestra vida! Porque nuestra vida no es la que vivimos, sino la que deseamos vivir, la que nos haría falta vivir para no desear que la vida terminase. Todo esto lo ignora aún; yo lo sé. ¡ Un invierno largo luchando contra mí mísmo! Y ni mi fuerza ni mi voluntad me han bastado para huir de mi propio corazón. Aquí está con todos sus deseos, sus sueños, sus heridas, sus lágrimas, y su desesperanza. ¡ Sobre todo su desesperanza!... No he de conseguir ya lo único que necesito para vivir, pero aún sabiendo que no lo he de conseguir, hay en mí un deseo irreprimible de acompañarla, de protegerla, de no dejarla sola. Es la metamórfosis, Amelia, el amor purificado en el crisol, el cambio necesario, forzoso, cuando el amor original no se puede alcanzar. La quiero a Vd. más que nunca, pero hay tanto de paternal en este cariño, que ya casi no sueño más que con ampararla, con que usted pueda ser felíz aunque yo no lo sea. Y porque comprendo que

.../...

DON MIGUEL. - su segunda batalla va a ser aún más dura, más fría que la que acaba de ganar, quiero irme a Londres, a donde va Amelia, la pobre cenicienta de la vida, la única ilusión blanca que aún puedo merecer en la cuna de los amores puros. Adivino y presiento, Amelia, noches largas para Vd.; sola, sin un amigo, sin una ilusión, sin una ternura, sin un calor. Y la amistad es algo, cuando se es feliz, pero lo es todo cuando se sufre. Entonces en su nostalgia, en su soledad, a través de sus lágrimas, se acordará de mí y dirá "si al menos estuviese aquí Don Miguel". Y qué remordimiento para mí, qué crimen que le falte a Vd. ese poquito de rayo de sol, sólo porque el amor propio me dejó en Madrid, al ver que Vd. no me consentía que la acompañase. No, Amelia, no; si sólo una vez había Vd. de desearme a su lado, si sólo una vez y en un momento raudo, hubiese usted de decir, "si al menos estuviese aquí Don Miguel", por esa vez, por ese momento, yo lo dejo todo para que no le falte esa sonrisa de un instante, ese consuelo de una hora, que yo pudiese proporcionarla. ¿Comprende ya Amelia por qué me voy, y por qué quiero que Vd. me diga "véngase, se lo consiento"?

AMELIA. - (Muy conmovida y con lágrimas en los ojos) Véngase, Miguel.

DON MIGUEL. - (Abre los ojos con asombro, y maquinalmente repite) ¿Miguel? ¿Ha dicho Miguel, o es que yo lo he oido así?

AMELIA. - (Se vuelve lentamente, le coge las manos, le mira los ojos con mucha serenidad) Véngase, necesito que me acompañe.

DON MIGUEL. - (Extático, inmóvil, no acierta a contestar. La estruja las manos la mira con un gesto de gratitud inmensa... El reloj dá las ocho ... Vuelve en sí)

AMELIA. - (Soltándose las manos) ¡ Tardísimo! (Juana atraviesa y se vá por la puerta que dá a la calle. Lleva el traje estrafalario de antes y un sombrero antiguo, ancho, montado encima de la cabeza con una pluma muy grande) Ya va Juana a por el taxi. (Coge su sombrero y se lo coloca, se mira al espejo, se dá polvos, coge el bolsillo, los guantes y un maletín) Vamos. (Se para un momento y lo mira todo) Casi me voy sin dolor. ¿Es un crímen, o estoy borracha? (A pesar de todo hay una pena honda marcada en su rostro)

DON MIGUEL. - (No contesta, coge su sombrero, la agarra dulcemente de un brazo, y empujándola levemente hacia la puerta...) Vamos, pequeña, vamos; cuanto antes, mejor... (La deja pasar primero y salen)

La escena queda sola. Pasan unos instantes al cabo de los cuales, entra la portera con un mozo, éste coge dos maletas y una sombrerera, y se vá. La portera mirándolo todo, coge unos papeles del suelo y abre los cajones como buscando cosas olvidadas.)

PORTERA. - Na, por aquí no hay na, aprovechable; veremos en la cocina. (Se vá por la puerta de la derecha) Vuelve a quedar sola la escena otro rato. Aparece la portera de nuevo. Lleva el delantal levantado como si llevase objetos en él)

PORTERA. - Vaya no es mucho, pero algo es. El azúcar no se debe desperdiciar nunca... unos pocos de garbanzos y una miajina de café. La señorita Amelia se administraba bien. (Cierra las puertas, apaga la luz y se vá.)

La escena queda en sombras. Hay una pausa larga, muy larga. Debe oirse el tic-tac del relój claramente en la estancia durante la escena que sigue. Continúa la pausa. En la soledad de la casa suena un timbre, el de la puerta. Un rato de espera y llamadas cada vez más imperiosas, el timbre suena cinco o seis veces. El tic-tac del relój, insistente y rítmico es la única respuesta. Al fín hay una pausa más larga como si el llamador se hubiese retirado desistiendo de la empresa. El relój dá la media de las ocho.

Al cabo de un rato se oyen voces en la puerta, y entran la portera y Mario, la primera diciendo:

PORTERA. - Señorito, pero si no hay nadie.

MARIO. - (Mirando nervioso en torno suyo) Nadie, no hay nadie, ¿está Vd. segura que no hay nadie?

PORTERA. - Segurísimo, señorito. Ya le he dicho que la señorita Amelia se ha ido fuera, a Londres creo. Salió de aquí hace media hora con Don Miguel.

MARIO. - Con Don Miguel. ¿También se vá a Londres? (Cada vez más nervioso)

PORTERA. - No lo sé, señorito.

MARIO. - No puede ser, no puede ser. (Volviéndose a la portera) Puede Vd. retirarse.

PORTERA. - ¿Pero que vá a hacer aquí solo el señorito?

MARIO. - Bajo enseguida. (Metiéndose una mano en el bolsillo) Tome Vd. (La dá un duro) Retírese, yo bajo enseguida. Voy a llamar por teléfono a un amigo.

PORTERA. - Muchas gracias. Le encenderé la luz.

MARIO. - No encienda Vd. nada. Si solo es un momento.

PORTERA. - Bueno, bueno. (Se retira)

MARIO. - (Perdiendo el control al sentir que se ha quedado solo. Queda un momento parado, estático, luego mira a la derecha y a la izquierda, con una mirada algo incierta, se dirige a la puerta de la derecha, llamando con voz sorda) Amelia, Amelia, Amelia. (Desaparece trás la puerta y su voz se oye cada vez más débil llamando) (Vuelve a reaparecer al cabo de unos instantes) No, no está. Definitivamente no está... se ha ido. (Se lleva las manos a los ojos) Parece un sueño. (Se deja caer en un sillón) Un sueño malo. A Londres... con Don Miguel... ¿por qué a Londres? (Subiendo la voz con rabia) ¿Por qué con Don Miguel? (Levantándose decidido) No puede ser. (Más sereno) No puede ser... el tren sale a las ocho y media... (mirando el reloj) Ya ha salido... y el barco mañana (todo esto como meditando) Aún es tiempo... diez horas en coche, doce todo lo más, aún es tiempo, aún es tiempo. (Sale corriendo y tropieza en la puerta con Mercedes)

MERCEDES. - (Encendiendo la luz y asombrada luego) Mario, ¿A dónde vá Vd.? ¿Qué hacía Vd. aquí?

MARIO. - Tengo mucha prisa, Mercedes, pero puedo disponer de cinco minutos para hablar con Vd. Con Vd. precisamente.

MERCEDES. - Está Vd. muy nervioso. (Con aplomo) Repóngase, siéntese.

MARIO. - No, para eso no tengo tiempo. Usted ha visto que el personaje de toda esta comedia, de toda esta tragedia -no sé aún como terminará, que el personaje más débil he sido yo- Vd. lo ha visto. Don Miguel con su apodo "El invencible"; Amelia terca, reina de su voluntad, triunfadora de su propio corazón; Vd. tenáz, trabajando día tras día el triunfo de Don Miguel; sólo yo era un pobre muñeco.

MERCEDES. - (Interrumpiendo) Mario, ¿a qué viene todo ésto?

MARIO. - No me interrumpa, tengo mucha prisa... Sólo yo era un pobre muñeco; el hombre respetuoso de la virtud de la mujer amada, ¿qué puede ser ante la mentalidad social? Débil. El que la supo besar poniendo frenos a su sangre y a su hombría. Un imbécil, un impotente, ¡ qué se yo! El que la recibió en sus brazos en un arrebato de pasión y huyó de ella para defenderla contra sí misma, vencida y entregada, ¡ cobarde! ¡ ¡ Un muñeco!! Pero escuche Vd., Mercedes, éste muñeco, débil, imbécil y cobarde, no vá a consentir que de su vida y de su felicidad se le robe el amor, la mujer. ¿Lo oye? A pesar de Vd. y a pesar de Don Miguel. Y esto es todo cuanto tenía que decirla, porque al echar la carta decisiva sobre el tapete donde se juega el destino, los débiles, los que no derrochamos inútilmente nuestras energías en pequeñeces y pueriles vanidades, porque seguros de nuestra fuerza no nos hace falta demostrarnos a nosotros mismos ni a los demás, que la tenemos, con una frecuencia proporcionada a la duda de que pueda o no existir, la encontramos intacta y con toda su pujanza; y ese "sacar fuerzas de flaqueza" que dice el vulgo, es sólo una frase más; la flaqueza no puede tener fuerzas, Mercedes, pero...

MERCEDES. - (Haciendo además de irse) Le advierto que yo no tengo tiempo para escuchar discursos biliosos.

MARIO. - (Deteniéndola por la muñeca) Ya falta poco, y tengo además que demostrarla que sé hacerme oír.

MERCEDES. - No le conocía a Vd. cobarde.

MARIO. - (Sarcástico) ¡ Qué confesión más deliciosa! (Sin solatrla) Estábamos... ah, sí... la flaqueza no puede tener fuerzas, pero como el que no hace ostentación de ellas se le considera falto de las mismas, la humanidad se esfuerza en encontrar ocasiones, y en construír barracas de feria donde exponerlas, como Amelia, como Don Miguel, fortalezas inexpugnables pretenden demostrar que no hay huracán que les abata, ni golpe de cañón que les derrumbe, pero el tiempo y la gota de agua y la metralla contínua, las van pulverizando y cuando quieren darse cuenta, cuando les hace falta su fuerza y la buscan, apenas pueden sostenerse sobre sus esqueletos de piedra. ¡ Fortalezas inexpugnables, Don Miguel, Amelia, estaís las dos vencidas! (Soltándola) La mayor fuerza es la virginidad de la energía frente al primer embate decisivo de la vida; y esa es la mía. Por eso voy a ser el triunfador. Ya ha terminado, ya puede Vd. irse.

MERCEDES. - Está Vd. loco. (Restregándose la muñeca) ¿A qué viene todo esto después de quince días de silencio absoluto?

MARIO. - (Cambiando el tono, endulzándose) ¿No sabe Vd. que la nena no podía, no podía ni escribir siquiera; doce días muriéndose antes de terminar.

MERCEDES. - (Asombrada y dolorida) Ah, ¿pero ha muerto?

MARIO. - (Casi llorando) Estoy muy solo, Mercedes, nada me ata ya a mi hogar, puedo romperlo, puedo ser libre, y aunque ella es religiosa, lo principal era eso en su moral, ¡ los hijos!

MERCEDES. - Se equivoca. Lo principal en su moral es su propia estimación, a través de la Ley cristiana. Y no la convencerá.

MARIO. - Lo intentaré. Adiós, Mercedes, no puedo perder tiempo, estoy muy solo y la necesito, adiós. (Se va apresuradamente)

MERCEDES. - (Mirándole marchar y con acento de meditación) ¡ ¿A dónde irá ese hombre?!

TELON RAPIDO.

F I N.

Adelina Gurrea.